

BREVE ANTOLOGÍA LITERARIA SALAMATECA: LETRAS Y TRADICIÓN

Erick Fernando García Alvarado

En la cultura guatemalteca la literatura tiene antecedentes prehispánicos, no fue objeto de un choque cultural, y en el peor de los casos se trató de suprimir. Esta selección de escritos fue escogido de un vasto conjunto de documentos de diferentes autores originarios de Salamá.

Definición de literatura

Es una creación propia del ser humano, en la cual se transmite la imaginación de quien escribe, puede ser en prosa o en verso. La literatura se alimenta de la realidad que vive el escritor, atrapándolo conscientemente, para sumergiéndolo en su inconsciente, para emerger en una realidad alterna. Aparte de ensayos, cuentos, mitos, expresiones orales; el sustento diario para escribir proviene de la misma realidad. Si el ambiente en el que vive el escritor es

urbano, su escritura estará plasmada de elementos influenciados por la ciudad, como política, violencia u otros elementos. Si es el escritor está alejado de las grandes urbes, su literatura será más campirana, exaltando los valores de la naturaleza, el amor al suelo materno, tradiciones y otros (Zepeda, 2014).

Definición de cultura

Es un conjunto de tradiciones aprendidas y forma de vida, adquirida socialmente, por los integrantes de una comunidad, que incluye formas de pensar, sentir y actuar, en un sentido etnográfico, es todo lo comprendido de conocimientos, creencias, arte, moral y costumbres de una sociedad. Se dice que si esta es culta, va a depender de sus expresiones artísticas, literarias y su desarrollo como comunidad (Harris, 2004).

La literatura y la cultura

La literatura es una expresión de la cultura, las dos nacen de la percepción humana, las dos van evolucionando según se desarrolla una comunidad, se van enriqueciendo con diferentes aportes. En las culturas ágrafas una forma de expresar la realidad alterna era por el medio oral, explicando el surgimiento del hombre, creación de los cerros o montañas, la aparición de los animales. Al introducirse una forma de escritura generalizada, dichos pensamientos podrían ser plasmados en un soporte, preservando de esa manera tradiciones, costumbres y formas de pensar. Tales similitudes explican por qué la literatura es parte la esencial de una cultura, ya que forma parte de la misma.

La literatura permite percibir la belleza del entorno a través de la escritura, y la cultura permite valorar la belleza plasmada en escritos, es por ello que la literatura no es solo un arte, es mucho más extensa.

Antología

Etimológicamente la palabra proviene del griego, anthos “flor” y lego “yo escojo” (Aguascalientes, 2006: X); así, la antología literaria es una recopilación de las obras de uno o varios autores, agrupando de esta manera lo más significativo de una producción literaria. Permite que el compilador realice comentarios de las

obras, propiciando ideas claras sobre el motivo de la compilación, con el objetivo de atraer al lector.

Cada antología puede tener una finalidad, promover el conocimiento de las obras, preservar producción muy antigua y poco difundida, agrupar en forma temática o por géneros literarios y, como en este caso, por región geográfica.

La antología permite tener conocimientos de interpretación, con respecto al mundo literario. Esto ofrece a los lectores de una comunidad conocer, valorar y realizar juicios críticos de las obras compiladas (Aguascalientes, 2006).

Como se había mencionado con anterioridad, el territorio guatemalteco posee antecedentes que permiten la recopilación de varios escritos literarios, para su estudio y análisis, como es el caso de Salamá.

Literatura en el Pop Wuj

En los escritos plasmados en el Pop Wuj se puede evidenciar una forma de transmitir información de gran valor, para conocer la manera cómo los antiguos mayas veían y se relacionaban con su entorno. Dichas enseñanzas las podemos analizar en las historias de los hermanos, Hunahpú e Ixbalanqué, cosmovisión que es heredada en todo el territorio mesoamericano, con sus diferentes grupos lingüísticos. El Pop Wuj es además, un muestrario de formas literarias

La poesía en el Pop Wuj

Porque de plata son mis ojos, resplandecientes como piedras preciosas, como esmeraldas, mis dientes brillan como piedras finas, semejantes a la faz del cielo. Mi nariz brilla de lejos como la luna, mi trono es de plata y la faz de la tierra se ilumina cuando salgo frente a mi trono. Así, pues, yo soy el sol, yo soy la luna, para el linaje humano. Así será porque mi vista alcanza muy lejos. De esta manera hablaba Vucub-Caquix (Recinos, 2014 21-22).

En este fragmento se puede notar la altivez del un personaje, enamorado de sí mismo, con gran arrogancia. En lo escrito de Vucub-Caquix la soberbia impera, él se creía más que los dioses, es por ello que los hermanos gemelos, Hunahpú e Ixbalanqué, observan y piensan que no es bueno que alguien se crea mejor o superior a los dioses. Por ello planean acabar con él, con la ayuda de unos ancianos, cuyos hijos habían muerto, pero ellos se quedaron a cuidar a sus nietos. Si nos adentramos en la cosmovisión maya podremos encontrar que dichos escritos no solo son poéticos sino también morales, se trataba de enseñar a los oyentes que nadie puede ser o pensar que es mejor que los dioses, pues esa vanidad podría llevarlos a la muerte. Como fue el caso de Vucub-Caquix, pereció por su misma vanidad. Por otra parte se pueden analizar los lazos familiares

fuertes que se conservan en la filosofía maya. Cuando un niño es abandonado no es dejado a su suerte, los abuelos se encargan de ellos y los crían como propios, visión que aún está presente en nuestros tiempos cuando los abuelos se convierten en padres.

La filosofía de la dualidad

Una característica del Pop Wuj, es observar la necesidad de la cosmovisión maya de explicar su entorno no de una forma individual sino en una dualidad muy compleja. Explicar o ejemplificar la dualidad, como el caso del Corazón del Cielo y el Corazón de la Tierra, los hijos de Vucub Caquix, Zipacná y Cabracán, los gemelos Hunahpú e Ixbalanqué o los grandes jueces de Xibalbá, Hun-Camé, Vucub-Camé. Lo que puede analizarse es lo insuficiente que puede ser el humano para entender lo complejo de la vida. Siempre se necesitará un complemento para explicar y entender su entorno. En el mito de los hermanos gemelos, uno es el complemento del otro. Por ejemplo, cuando uno de los gemelos pierde la cabeza, su hermano va y logra rescatarla, se puede observar que por tanta dificultad en el mundo, el ser humano siempre necesita de alguien para ordenar sus ideas, tomar mejores decisiones, para no perder la cabeza o perder de vista lo que en realidad importa. Se muestra también la superioridad de la mente humana que aún cortándola puede procrear, como el caso de Hun Huhapú.

En el capítulo 2 de la segunda parte, se aborda la historia de Hunahpú e Ixbalanqué. Sus aventuras que llenan de la imaginación con hazañas y proezas. Como la habilidad que los hermanos poseían en el juego de pelota. Al leer sus historias se puede encontrar un mundo de seres malignos y poderosos, señores de la muerte y provocadores de males para el hombre mortal, que son vencidos por la inteligencia de los gemelos, que son descritos como sabios ya que, también se puede analizar la búsqueda del hombre por lo prohibido, lectura que encontramos en una historia de una mujer que se acerca a un árbol vedado y por su desobediencia queda embarazada en forma prodigiosa.

En esta parte de la obra, el autor del relato trata de explicar el origen de Hunahpú e Ixbalanqué y empieza relatando cómo son hijos de un jugador de pelota, Hun Hunahpú, cuyo hermano era Vucub Hunahpú, casado el primero y, por lo tanto, le ha dado a Hunahpú e Ixbalanqué dos hermanos más, Hunbatz y Hunchouén. A su vez, los gemelos Hun Hunahpú y Vucub Hunahpú son hijos de Ixpiyacoc e Ixmucané. Por su afición al juego de pelota, molestan a los señores de la muerte, en especial a Hun Camé y Vucub Camé, quienes los invitan a jugar en Xibalbá, para engañarlos y darles muerte. Las pruebas a que son sometidos Hun Hunahpú y Vucub Hunahpú son simbólicas: aprovecharse de la energía sin consumir la fuente: el ocote y el

tabaco; el escenario es sombrío, las casas de tortura de Xibalbá. Mientras esto ocurre, la abuela Ixmucané sufre por sus hijos, pero queda consolada con los nietos. La dualidad está presente, la complementariedad de los hombres también: Hun Hunahpú y Vucub Huahpú, sus contendientes: Hun Camé y Vucub Camé, los héroes gemelos Hunahpú e Ixbalanqué. Se complementan en parejas, aunque uno de ellos es soltero. La dualidad está presente, es una metáfora de la vida humana, es necesario un hermano “gemelo” que ayude a superar las dificultades. La narración continúa, en los siguientes capítulos explicando un desenlace favorecedor para los hombres.

La vida es diversa y compleja, con adversidades y con soluciones, con alegrías y tristezas, esto es parte de la observación que deja plasmada el autor en el libro, cuyas historias se remontan al período Preclásico.

Por ello, se puede afirmar que la literatura ya estaba presente en la cultura guatemalteca, no fue solo una herencia española, no fue un descubrimiento. En Guatemala se inició una literatura creativa, basada en mitos y leyendas para explicar el entorno social, pero lamentablemente fue suprimida. Con el pasar del tiempo se ha tratado de recuperar y, actualmente, se conoce como literatura prehispánica, aunque haya sido preservada gracias a caracteres latinos.

De lo antigua a lo moderno

Ante la importancia de dar a conocer los cambios en la literatura que resulta ser compleja en muchos aspectos se define lo estético-literario; concepto que surge en Latinoamérica en la década de 1950, propuesta que incluía transculturalidad, heterogeneidad y literatura en un solo conjunto, producto de reflexiones profundas en el pensamiento crítico cultural, que permitió el nacimiento del fenómeno cultural-literario, pese a que fue solo creado para situaciones literarias específicas evolucionó a un entorno de la literatura, no suprimiendo sino, permitiéndolo abarcar nuevos espacios, dependiendo del entorno social y del escritor. Se incorporan elementos particulares de un entorno comunitario, los que aprendieron a escribir, inician sus obras con pequeñas visiones, que permiten comprender su situación real. Basándose en préstamos y resignificados de ciertas teorías literarias, como la prosa, narrativa y poesía (Chandía, 2012).

Salamá no fue excluido de todos esos cambios gracias a escritores que tuvieron el valor de enfrentarse al círculo de los eruditos de la literatura creando obras, con temas de amor, fraternidad, orgullo por la tierra, cuentos, poesía, leyendas. Abriendo una puerta de estudios de la literatura tradicional y popular, llena de simbología, sin tiempo definido, onomatopeyas.

La cultura primigenia permitió al más ilustre de los escritores guatemaltecos crear una de sus obras principales, *Leyendas de Guatemala*, que, como lo explica el siguiente párrafo, se inspira en la cultura salamateca para su obra:

El pequeño Miguel Ángel se traslada a Salamá (Baja Verapaz) y frecuenta la estancia de su abuelo materno, Gavino Gómez, (padraastro de su madre), donde entra en contacto por primera vez con los indígenas de su país y con el mundo natural. Allí está al cuidado de la joven india Lola Reyes, su nana, cuyos relatos lo sumergen en el mundo de los mitos y leyendas indígenas (Martín, 2000: 483).

Con este precedente surgen en Salamá diferentes literatos que a criterio del autor colocan al municipio como uno de los principales creadores de literatura, enriqueciendo la cultura y preservándola para futuras generaciones. vinculándola con la literatura latinoamericana y su contexto sociocultural a materia de producción literaria, el pensamiento de los escritores y su relación con la literatura tradicional con la literatura en el centro de la nación, su lenguaje de vanguardia y el nacimiento de una literatura autónoma, es alimentada por permanentes diálogos propios de la cultura salamateca. Convirtiéndola en un arte propio y autónomo (Cruz, 2014).

Un lenguaje poético

Este tipo de lenguaje es habitual en los escritos de los autores salamatecos, que toman temas relacionados con la literatura y su amor por la tierra que los vio nacer y crecer, por lo que encontraron en la poesía, en los versos una manera de exaltar toda las virtudes de la tierra de Salamá, estos escritos plasman las ideas de los poetas, focalizándose en temas propios de la región, afirmando que un lenguaje literario puede identificar un vasto recorrido de textos impresos, pero aun desconocido que representan la poética y narrativa utilizada por los letrados, enriqueciendo aún más la literatura salamateca. Entre los escritores se inicia una tradición de escritura con matices y modalidades propias que ponen de manifiesto el valor de modismos propios del municipio y su acercamiento a una literatura propia de la región (Salto 2012).

El modernismo

El romanticismo, en el realismo y el naturalismo no encuentra un espacio en Iberoamérica sociocultural que lo legitime, tales movimientos son europeos, emergidos en un estrato social peculiar. El modernismo representa la aparición de una forma estética en la manera de escribir en América, después de estar a la deriva desde el Renacimiento y el Humanismo, lo que permite a partir del siglo XX una manera positiva en el discurso literario.

Señalando como características básicas lo siguiente:

1. Elaboración precisa de la forma
2. Introducción de nuevos metros y ritmos
3. Amor a la elegancia
4. Guerra al prosaísmo
5. Exotismo
6. Arte desinteresado
7. Exhibición y complacencia sensual (Albizúres, 1999: 14).

En Guatemala uno de los nombres más celebres en el modernismo fue Enrique Gómez Carrillo, muy de cerca a Rubén Darío. Es por eso que la literatura guatemalteca, siguió la corriente literaria, durando más que en cualquier otro país de América.

No solo entre los escritores célebres, sino también en autores de menor importancia, sobre todo en el interior de la Republica, en donde aún a la altura de los años setenta es posible encontrar abundantes escritores que cultivan una prosa o unos versos signados por la impronta modernista (Albizúres, 1999; 25).

La poesía

La poesía guatemalteca es rica y extensa a partir de los últimos siglos, con numerosas obras líricas, cuantitativas y cualitativas, ocupando uno de los primeros lugares en gusto y aceptación, apegándose mucho al modernismo y postmodernismo literario, evidenciando

una creciente evolución, en la cual se van interrelacionando con otros géneros innovadores de las letras, al tiempo en que se va definiendo un estilo particular en cada poeta, cuya producción se elevan en calidad escrita (Albizúres, 1999).

El cuento popular

Es una obra narrativa que relata una ficción que se ubica en cualquier tiempo y lugar, su carácter es secular y sus personajes pueden ser humanos o no (CEDFOG, 2007:13). El cuento popular salamateco combina hechos históricos, relatos personales y el entorno de una naturaleza exuberante.

Cuentos salamatecos

Al analizar, un cuento se trata de saber quién habla, a quién le habla, qué quiere decir. Posee diálogos internos y externos que permiten conocer a los personajes. Cada cuento tiene una verdad oculta. El lector puede percibir lo que el autor trató de decir o simplemente identificarse con él. Cada persona que lee un cuento lo interpreta o lo asimila según su impresión. Esto no quiere decir que el escritor trate de dar una opinión propia, sino que al final, cada lector ve la verdad que quiere ver. La literatura le envuelve, le atrae, se identifica, según los personajes y su función. Esto va a depender si la lectura se realiza para un análisis profesional o una lectura entretenida.

Los cuentos y leyendas

Cada cuento o leyenda tiene su propio acceso para conocer la vida cotidiana de una comunidad o grupo social, resaltando lo importante en valores y tradiciones. El cuento pone en observación comportamientos ejemplares que pueden vivirse en cualquier etapa de la vida, no necesariamente se acomoda a un espacio de tiempo limitado. En cuanto a la leyenda, muestra una posible realidad, elementos creíbles con imaginarios, que se puedan tomar como algo que en realidad sucedió, tomando en cuenta que si un grupo de personas lo cuenta, se toma como verídico, y que permite conocer hechos históricos dentro de la comunidad. Un cuento o leyenda no es específico de un lugar, cada cultura o comunidad, tiene su propia forma de expresar sus ideas, o formas de ver su realidad, por lo que la leyenda siempre ha estado acompañando a la humanidad desde sus orígenes (CEDFOG, 2007).

El sobrenombre en la literatura

Sin duda, uno de los libros más conocidos en la literatura guatemalteca que menciona los sobrenombres o apodos es, *El Señor Presidente*, de Miguel Ángel Asturias. En contexto literario, se utilizan los sobrenombres para describir la característica de una persona, un ámbito social o una descripción física. Por ejemplo, el caso de los pordioseros, su sobrenombre proviene de una rogativa, “por el amor

de Dios” (pordioseros). Un apodo es utilizado como símbolo de referencia. En un ámbito social puede perdurar en la memoria de una persona. También puede presentarse en una forma ingeniosa o, picaresca o, en el peor de los casos, en una forma despectiva (Mac Donald, 2009).

Escritores salamatecos

Salamá, ha dado a luz celebres nombres en el ámbito literario, escritores que han exaltado su ciudad natal, describiendo entre sus versos, la hermosura del Quetzal, cuentos tradicionales mostrando calles y avenidas de la ciudad, resaltando la belleza de la mujer trabajadora, leyendas de aparecidos o de espantos, todos con el mismo objetivo, preservar la cultura salamateca, con sus letras han desafiado al tiempo, para que no se olvide nunca la bella Salamá.

Pedro Benjamín Ramos San José

Periodista, poeta y escritor salamateco, conocido en toda la extensión de Baja Verapaz y el resto de Guatemala, le cantó a la vida, a la naturaleza, a la mujer y a la muerte. Se identificó con el estudiantado. Se le conocía en Salamá como don Minehito. Gracias al Acuerdo Gubernativo No. 207-2001, se le concedió la orden Francisco Marroquín y de manos de la primera dama de ese entonces, recibió el reconocimiento el 26 de junio de 2001.

Elgi Walter Boteo García

La docencia ha sido su principal profesión, pero también ha incursionado en la literatura, la locución y el periodismo, actividad en la que se inició en su época de estudiante normalista en el periódico *Expresión*. Ha sido corresponsal de medios televisivos, escritos y radiales de la ciudad capital. Trabajó como locutor y director de Radio La Voz del Valle durante diecisiete años, cofundador del noticiero Resumen Semanal de Noticias en dicha radio, cofundador del canal *Star Channel*, cofundador, primer director y primer presentador del Noticiero Sistema Informativo Radio, Cofundador del Programa Tríos y Recuerdos, los dos por Quetzal F.M., actualmente conductor del programa Arte y Personalidades por *Star Channel*, cofundador de la Casa de la Cultura de Salamá y de FUNDEMABV, ganador de concursos literarios de cuento y poesía, colaborador de diversas revistas y periódicos. En el 2006 publicó su primer libro *Huella del Recuerdo*, en 2007 publicó la novela *El Salamatecazo*. Actualmente es subdirector de la Escuela Normal Rural No.4 Doctor Elizardo Urizar Leal y Director del Colegio Particular Mixto Ciencia y Desarrollo.

Cristóbal Reyes de la Cruz

Nació en el Barrio Agua Caliente el 12 de octubre de 1942. Como estudiante

en Quetzaltenango, incursionó en las radios locales especialmente en TGQ en donde le nació el interés por la locución. Ejerció la docencia en diversos establecimientos durante 35 años. En el año de 1991 fue declarado Maestro Distinguido de Baja Verapaz por la Supervisión del Distrito Central de Salamá, por la Corporación Municipal y por el Ministerio de Educación.

De 1991 a 1993 desempeñó el cargo de Delegado Departamental Titular por Baja Verapaz, ante la Asociación de Auxilio Póstumo del Magisterio Nacional.

Ha ejercido la locución durante 40 años; como maestro de ceremonias en actos protocolarios oficiales, culturales y deportivos. Es redactor de la Revista Anual Mi Terruño. Difundió programas, en: Radio La Voz del Valle, Estereo Verasur, Salamá Stereo y Quetzal FM.

Actualmente conduce el programa Arpegios en Marimba por Star Channel. Perteneció a la Asociación de Locutores de Guatemala

Fue nominado como: Salamateco Distinguido el 14 de septiembre de 2008.

Juan Fernández Valdez

Nació en Salamá, el 16 de mayo de 1913. Estudió en Salamá y Quetzaltenango. Trabajó como Auxiliar de ingeniería en casi todas las carreteras de la República. Fue agricultor y

ganadero. Escribió más de 500 poemas, entre ellos: A Salamá, Valle de las Rosas, Así eran los hombres de antes, A la desconocida, A la Ceiba de mi pueblo, Las dos Bodas, A Centro América. Más de cincuenta cuentos en prosa y en verso como: Pastor de la Montaña, La niña enferma, El valle de las Rosas y Luz sobre el Valle.

Francisco Lainfiesta

Nació en Salamá el 23 de septiembre de 1837, hijo de don Francisco de Infiesto y de Eulogia Torres, Fue abogado, político y diplomático. Representó a Guatemala en EE.UU. Falleció en 1912.

Otros escritores importantes en Salamá

Entre la generación más reciente de autores de la cabecera bajaverapacense, se encuentran Carlos Raúl Fernández, César Yzaguirre, Francisco Gularte Cojulún y Jorge Luis Ramírez.

Esta breve antología deja solo una muestra de las obras escritas por salamatecos, que comprende poesía, verso, narrativa, cuento y leyenda. Dichos escritos no solo fueron leídos, sino transcritos de sus originales, ya que muchos de estos estaban en bibliotecas, colecciones particulares o en revistas. Dejando ver que el municipio es rico en obras literarias. Los escritores describen vivencias, anécdotas, su forma de ver la vida en

cada una de sus letras. Elegir qué obra podría colocarse en este artículo fue una tarea difícil, como elegir la flor más bella, en el valle de las rosas. Con

mucho respeto y criterio del autor se eligieron obras que exaltan la belleza y los símbolos propios de Salamá.

Poesía salamateca

A Salamá

Francisco Gularte Cojulún

Rodeada por sus moles, simétricas figuras;
en medio de sus valles, se duerme ¡Salamá!
Alhaja, nos parece, de cuentos de aventuras
entre estuche perlino de azul inmensidad.

Los llanos la apretujan ansiosos de un abrazo;
el río soberbio orna su frente de ciudad,
y en su diáfana linfa bese el azul espacio
que háblale de belleza, de gloria y majestad.

Callada, melancólica, pasiva y silenciosa,
esta ciudad no vive para la hora presente;
parece, cuando evoco su historia esplendorosa,
que ve pasar la vida con gesto indiferente.

Tendida así, en el lecho de valles y collados
o sobre ásperos riscos, sonrío ebria de amor.
Adormécela sus aves de arrullos y trinados,
y un sol enamorado obséquiale fulgor.

Desde las serranías, sus llanos anchurosos
semejan espejeantes lagunas de zafiro...
Sólo anhela del cielo muchos ríos copiosos
que el músculo y acero le den otro vivir.

En sus noches calladas, de saudades extrañas,
 cuando vagan cadencias de melifluos turpiales
 entre la fronda virgen y azul de sus montañas,
 contémplesla asombrosos, de lejos, los quetzales.
 Ante este cuadro, en éxtasis queda el alma humana,
 sorpréndela el portento de una obra tan enorme.

Y al verla así tendida, cual sultana,
 queda pobre mi lengua en su elogio inconforme.
 Da calor a su historia un símbolo guerrero;
 pregonas su grandeza un abolengo audaz;
 es cuna de una raza de músculos de acero,
 que sólo conquistará en nombre de la paz!

Por eso al admirarte dormida en tus amores,
 silente, melancólica, sacrosanta y saudosa
 cual mítica deidad prodigando favores
 de rodillas aclamo: Hosanna! Hosanna diosa!

Fuiste del Norte un día el emporio y la gloria;
 cual águila bicéfala ufana tu pendón.
 Al coronar de lauros este hito de tu Historia
 sea mi estrofa un broche de heráldico blasón.

El Quetzal

Francisco Gularte Cojulún

¡Quetzal! Divina cauda es tu tesoro
 engarzada en rubí, que así, por gala,
 la frente de la invicta Guatemala
 nimban tus alas de esmeralda y oro.

El himno de la Patria alza sonoro
 tu nombre que viril el pecho exhala,
 que en ti la Libertad, con fe señala
 su símbolo de honor y de decoro.

Labras tu estuche entre la azul entraña
 del bosque, y si el cañón truena, sañudos,
 celoso exploras la feroz campaña;

Que así vigilas desde el patrio escudo
 y, por la integridad de tu montaña,
 mueres con gloria, como atleta rudo.

A la ceiba de mi pueblo

Juan Fernández Valdés

Vieja ceiba milenaria
de la plaza de mi pueblo;
yo quisiera preguntarte
de la historia que escribiste
en el basto, envejecido,
pergamino de tu corteza.

Yo quisiera ir al centro
de tus entrañas,
y sacar de allí los discos
legendarios que has impreso
y que guardas sigilosa
en tu propio corazón.

Esos discos de canciones
que ha olvidado la nación,
y al tocarlos en mi brusco
tocadiscos de poeta
invocar la vieja raza
ya extinguida de la región.

Vieja ceiba milenaria
centinela de la plaza,
descubrid tu corazón
y mostradme nuevamente
esa brava y fuerte raza
de tan noble corazón.

Vieja ceiba milenaria,
dime todo lo que has visto
a través de las edades;
dime todo lo que ocultas,
dime todo lo que sabes
de mi raza y de mi pueblo.

Si vos misma custodiaste
con tus ramas y tu tallo
dando sombra alentadora
A los hombre de a caballo,
los valientes defensores
de la plaza de este pueblo.

El Valle de las Rosas*Juan Fernández Valdez*

Bendijo Dios y dibujó este valle,
lo pintó simulando alguna cosa,
le puso un río juguetón y bello
y lo nombró El Valle de las Rosas.

Tomó el pincel mejor que él tenía,
borró unas nubes oscuras (sic) que
nublaban,
pintó un cielo azul de celosía
y siguió con primor pintado el valle.

Envió un ángel amoroso que pusiera
en múltiples lugares los rosales,
por doquier fue sembrando enredaderas
simulando alcobas y altares.

Pintó después color en las laderas
adornándolas con cactus (sic) y pinares,
regó semillas que él imaginara
para poblarlas con flores invernales.

Plantó frutales de todos los tamaños
y pinta frutos con todos los colores;
ese afán que tiene Dios todos los años
de pintar todas las frutas y las flores.

Envió miles de pájaros cantores
a endulzar el ambiente con sus trinos,
mandó mirlos, cenizos, pitorréales [sic]
a cantar y andar en los encinos.

Mandó aves de todos los colores
para darle frescura a nuestra vista,
le dio preferencia a los amores
porque amar es la vida del artista.

Serás dijo Dios, pequeño paraíso
saturado de glorias y de gala,
que con fin predestinado yo te hice
por ser el corazón de Guatemala.

A Salamá

Carlos Raúl Fernández P.

Hoy se revienta en mi
y emerge por segunda vez
el ogro que llevo dentro,
y dan ganas de cantarte
mientras tú lloras.

Acércame a tu cuerpo
como la espuma del recuerdo
que se evapora en la noche del olvido.
Eres cómo el fuego que enciende
con las llamas del deseo,
por ello te busco.

Sentir el sabor amargo de tus
desventuras,
el agridulce de tus desaciertos,
el dulce de tu alegría,
mas sé, del sinsabor del desprecio,
la ignorancia, el abandono.

Escuchar tu sonido interno
que forma el convulsionado
movimiento
de la lucha constante de tus elementos
que hoy sobreviven.

Repasar suavemente con mi aliento
el contorno de tus cerros.

Hundir mis manos
en la arena caliente
de tu seco cause.

Buscar en tu cueva indómita
el fantasma del cangrejo de oro.
Dormir, abrazado el cuerpo limpio
de tus montañas.

Penetrarte profundamente
para que cada piedra que roce
me cuente tu escalonada historia,
con días de gloria, que transcurren
como el vuelo de las aves enjauladas.

Cerro de la Cruz, del Carnero,
Quebrada del Orotapa,
Salamá.

Quiero grabar tu nombre
en la estrella que no aparece aún,
y que alumbrará la cultura de tus
hijos.

Incrustarte en la eterna memoria
del sol que todos verán
cuando nazca mañana,
pintado libremente, multicolor
por los niños del pueblo.

Pero mejor...
tiro hoy sobre la borda del olvido
mis recuerdos
y no te canto.

**A la realidad
(fragmento)**
Francisco Lainfiesta

Vinieron luego de mi infancia loca
las cortas horas que aturcidas pasan
entre llantos y risas de placer;
yo las crucé también... ¡callé mi boca!
Si memorias sin luz, pero que abrazan,
Solo puedo contar de aquel ayer.
El genio cruel que, alimentando el llanto,
desde mi cuna mi carrera guía,
de mí alejó cuando la infancia da;
y así crecí, bajo un austero manto,
donde mi risa al asomar moría
cediendo el campo a la tristeza ya.

**Adiós a la juventud
(fragmento)**
Francisco Lainfiesta

Porque en el mundo la ilusión impera,
y a su destello engañoso ligada
la vida corre en turbulento afán:
para llegar a la estación postrera,
donde en consorcio, realidad y nada,
llamando al hombre a su regazo está.

Cuentos salamatecos

La muñeca de Lucía

Pedro Benjamín Ramos San José

Para todas las Lucías de los hospitales pobres del mundo, que esperan una muñeca. Cuento con sabor a verdad.

Corría el año de 1968, allá en uno de los pueblecitos de la gran ciudad, formado por casitas bajas y blancas, de los abrasadores, que a distancia semeja un nacimiento del Niño Dios; veredas celebrantes y riachuelos escurridizos, que son lugares visitados por los patojos que viven pegados a esa naturaleza. Y entre esa chiquillada que juega a la pelota de trapo, a matatero tero lá, a gallina ciega y andares andares; Andrés

no llegó a participar del emocionante encuentro futbolístico un día domingo, el aire alborotaba sus suaves cabellos y todo él era confusión porque veía partir de su casa la ambulancia que llevaba a su hermanita menor, Lucía de cinco años, con grave enfermedad pulmonar, y en lontananza veía volar por los aires la pelota de trapo, que un día él había hecho con vestidos viejos de su hermanita enferma. Regresó a su casa muy triste y se dedicó a cuidar a sus demás hermanitos, con la esperanza que un día llegaría al hospital a ver a Lucía.

El día esperado llegó, Rufina, su madre, lo llevó para ver a Lucía, que tenía un mes de estar en la sala de niños.

Lucía una niña de ojos vivaces, que no coincidía con su frágil cuerpecito y una tos que le interrumpía el sueño y el comer con tranquilidad sus alimentos; a pesar de todo era una muchachita que se dio a querer por todas las personas que la trataban, a veces se veía a las enfermeras que prendida de sus faldas iba la débil Lucía, que también cantaba débilmente porque la tos le interrumpía.

Un domingo llegaba Rufina con Andrés al hospital y cuando vieron a Lucía, ésta exclama: “¡Mamáaaa.! ¡Mamáaaa.!” Que prendida del cuello, sus hermosos ojos se hacían cada vez más vivaces, húmedos por las lágrimas de Rufina, que comprendía que su pequeña hija seguía mal de salud, pues la tos le interrumpía. Andrés comprendió la enfermedad de su hermanita y muy triste la tuvo entre sus brazos por unos instantes y luego recordó la pelota de trapo que estaba hecha de vestidos viejos de Lucía y que tenía días de no jugarla. Pensaba: Hoy domingo la estarán jugando mis amigos.

La despedida fue triste para Rufina, cuando oír a su pequeña Lucía “¡Mamá me voy...! ¡Mamá me voy...! ¡Mi muñecaaa! ¡Mi muñecaaa!” Y solo logró contentarla ofreciéndole que la próxima vez le traería una muñeca de trapo.

¡Lucía quédate contenta! ¡Te traeré una muñeca! Y entre sollozo y sollozo Lucía contestaba: ¡Mi muñecaaa! ¡Mi muñecaa! Y ante esta insistencia la enfermera de turno se la llevó con mucha ternura, prometiéndole que tendría su muñeca, y entre llanto y llanto, tos y tos, Lucía se quedó dormida.

Andrés llegó a su casa a buscar trapos viejos que en un cofre guardaba su mamá, buscó los olotes que en la troja había, y se puso a la obra, se acordó que aún quedaban frijoles piloyes en la olla, y se dijo, estos serán los ojos, También recordó que para los remedios caseros que hacía su mamá, había guardado el pelo de elote, que lo usó para el pelo de la futura muñeca; poco a poco tuvo todos los materiales y formó una muñeca de ojos vivaces. Andrés gritó “¡Esta es Lucía! ¡Mírenla! ¡Mírenla!”

La colgó al lado de fuera, en la varas de bajare que formaban la cocina. Cuando fuera al hospital la llevaría.

Lucía, desde el día en que su mamá se fue entre sollozar y sollozar, toser y toser, pedía su muñeca. Por eso cuando salía a tomar el sol, frente a la capilla de San Rafael, llevaba envuelta una toallita, y entre sus delgados bracitos la arrullaba todo el día.

El doctor se había fijado en que Lucía pedía una muñeca y en uno de sus viajes a la capital juntamente con su señora trajeron juguetes para los niños y una hermosa muñeca, naturalmente

para Lucía, que para ese entonces era muy popular en el hospital, lamentando que la enfermedad fuera incurable, estaba muy débil y la tos la mantenía constantemente. Fue un sábado que el doctor llegó a la cunita y le entregó la muñeca, aquellos ojos vivaces quisieron decir: “¡Gracias Doctor!” Pero solo respondió una tosecita más débil que de costumbre, y aquellos delgados bracitos, no soltaron a tan esperada muñeca; cuando en la noche se le fue a ver, dormía apretando la muñeca, como para no dejarla escapar, solo se movía cuando la tos le alteraba el sueño.

Al día siguiente fueron a ver a Lucía, la encontraron apretando la muñeca y una mueca de muerte en su carita, era tan solo un cuerpecito débil y una muñeca de ojos vivaces.

Ese domingo Rufina fue a ver a su enfermita y Andrés llevaba una Lucía de trapo. Solo encontraron a la débil Lucía dormida eternamente a los pies de San Rafael.

Rufina era todo un llanto, Andrés con la muñeca de trapo lloró sobre el cuerpo de su hermanita, pensando que era día domingo y sus compañeros estarían jugando a la pelota de trapo, hecha de vestidos viejos de su hermanita.

Mientras a Lucía la llevaban para el camposanto es su blanca cajita, a la alegre muñeca quedaba abandonada en el hospital donde solo había quedado el recuerdo de una tos, un llanto y unos ojos vivaces.

La lavandera de mi pueblo

Pedro Benjamín Ramos San José

Mujer pacífica, mujer resignada, mujer trabajadora; así es la lavandera de mi pueblo. Te he visto llevar grandes canastos de ropa camino al río, para lograr tu sustento y el de tus hijos.

Te he visto en días calurosos, ya subir, ya bajar la vereda que te lleva al río. Tu frente sudorosa nos dice que están latentes las palabras de Dios: “Ganarás el pan con el sudor de tu frente”. Luego, en tu puesto, iniciar la tarea, y el agua que se lleva tu sudor, tus energías, tu salud y tu vida misma, te proporciona el *modus vivendi*.

Pasas allí como el lirio, acariciando el agua cual ave marina, sirviéndote de ella; y el sol quemando tu cuerpo como para hacerlo más resistente.

Te he visto en días fríos. Mientras nosotros estamos cubiertos, tú pasas indiferente y siempre inclinada sobre la piedra; lava que lava, exprime que exprime, tiende que tiende. No descansas, tu ardua tarea continua. La vista que ofreces formando fila por toda la orilla del río, es un contraste con el nombre de nuestro puente “La Libertad”; porque tú eres esclava del trabajo, son las cadenas la ropa y el peso las piedras de que te sirves.

Te he visto en días lluviosos hacer tu monótona tarea, haciendo caso omiso del agua que corre por tu cuerpo; porque la ropa tienes que entregar a fin de semana. A lo lejos se oye el ruido

peculiar del choque de la ropa con la piedra, que en la distancia es la queja lastimera de una honrada labor.

El río se ha vuelto color chocolate, ha subido la creciente, el agua te llega a la pantorrilla, tú, siempre indiferente haces tu oficio porque tienes que entregar ropa a fin de semana.

¡Qué el río se llevó una prenda!, te ha jugado una mala actitud, hay que reponerla, más duro sientes el trabajo, más sacrificio, pero honrado.

Tus hijitos lloraban por falta de un pan, hoy lo llevaste. Caritas alegres e inocentes salen a tu encuentro, has olvidado la pérdida de una prenda; el sol hace trigueña tu piel, las lluvias mojan tu cuerpo y tu corazón palpita de contento, porque en tu humilde casita el bullicio infantil te devuelve las energías perdidas del día.

Mujer resignada, mujer pacífica, mujer trabajadora. Así es la lavandera de mi pueblo.

Los Mazates

Pedro Benjamín Ramos San José

Al sur de esta nuestra Salamá querida, se encuentra el famoso Cerro de la Santa Cruz, donde año con año se celebra el tres de mayo. Nuestra gente vuelca su entusiasmo para admirar las costumbres o tradiciones de estas tierras; en esta oportunidad tiene lugar el Baile de los Mazates, quienes haciendo gala de su traje, consistente en pesados ponchos con

que se cubren las piernas y la cintura, al estilo gaucho; sacos viejos, máscaras de las más horribles que se puedan ver, no sin antes ponerse toallas en la cabeza y cuello; se hacen de un palo largo en cuyo extremo superior llevan amarrados animales disecados, como ardillas, lince, etcétera, llevando además chinchines; en esta forma suben de 10 a 15 mazates el día dos por la noche al cerro antes mencionado, para ofrecer en la cima ante la capilla que hace años se yergue, oraciones y baile a la Santa Cruz. Los acompaña numerosa gente de distintas edades y sexos. Al llegar a la cima es de suponer que se encuentran fuertemente sudados por el ejercicio; este acaloramiento en extremo, significa la lluvia promisoría de buenas cosechas que el pueblo implora a través de los personajes que se visten de mazates, siendo ellos de varias edades, en su mayoría trabajadores del campo.

El tres, en la madrugada, bajan al centro de la ciudad donde pasan recorriendo capillas improvisadas en honor a la Santa Cruz que siempre levantan los trabajadores de Obras Públicas u otros, así como en la capilla de Santa Elena, donde perennemente se adora a la Santa Cruz, siendo este un paseo dominguero de nuestras gentes.

En cada uno de esos lugares efectúan los bailes al compás del tamborón y el tun, la música es monótona, recordando a nuestros antepasados que con el tun...

tun... Saltaban exteriorizando su estado de ánimo. Dos son los ritmos que usan: al compás del tamborón, giran alrededor de ellos mismos un tanto inclinados, y suenan al mismo tiempo un chinchín parando por unos segundos y decir: ju... , juuuu... mazate, alé... y éstos apoyados en sus varas luego dan otra vuelta y a repetir el mismo estribillo; el otro ritmo al compás del tun, saltan abrazando su vara como si esta fuera compañera de baile, uno tras otro, siempre haciendo una rueda en ambos ritmos.

Últimamente han reformado algunos aspectos, como el de bailar en casas particulares y donde se les da de comer; allí concurre numerosa gente con la curiosidad de ver quiénes son los que salen así vestidos; pero ellos se las arreglan para comer y beber sin ser reconocidos. Los acompaña también una mujer, es desde luego un hombre disfrazado que resulta ser la esposa del mazate más anciano. Cuando terminan de comer, bailan por última vez, es cuando les queman cohetes o ametralladoras, entonces simulan un tiroteo, cayendo unos sobre otros. Después siguen recorriendo otras casas hasta terminar el día, dejando en la chiquillada de los barrios el instinto de imitación, ya que estos pasan una o dos semanas jugando a los mazates.

Siempre esperamos un tres de mayo para asistir al baile de los mazates y tomarles fotografías, para dejar a la posteridad el recuerdo de una tradición salamateca.

Ahora llueve...

Pedro Benjamín Ramos San José

Salamá, otrora sus cerros color dorado, sus pastos muertos, sus calles silenciosas y sus habitantes en su constante ir y venir a su trabajo para el sostén honrado de su familia. Otrora el astro rey obliga el uso de vestiduras livianas para soportar su rigor. Otrora las tierras descansan cara al sol esperando una voz que diga: despierta y produce.

Otrora los ríos demuestran sus esqueletos de piedras con formas caprichosas y sus carnes de arena, en las que juegan los chicos del pueblo.

Otrora Salamá melancólica, muestra a sus hijos su anemia, anemia que sostiene por todo un verano.

Los árboles mostrando el desnudo de su armazón, dicen adiós al caminante que indiferente pasa bajo de ellos; los canoros pajarillos de vez en cuando se oyen trinar y en lontananza las inquietas palomas se dejan divisar.

Ahora llueve... sus cerros están verdes y la alegría ha vuelto, los pastos coquetean al viento por las tarde y en gran idilio se mantiene hasta entrada la noche, que muy quietecitos esperan el nuevo amanecer. Las calles se ven de tarde en tarde inundadas por la lluvia que corre tan ágil, y en ondulaciones color chocolate va por la avenida saludando a los habitantes, a quienes les corta el paso y los apresura, ya para

llegar al trabajo, ya para llegar al hogar, usando ropas adecuadas al invierno. El murmullo del agua despierta a la tierra, el brazo fuerte y nervudo del trabajador la hace cultivable; el fiel perro ladra muy de madrugada, el gallo reloj despierta al campesino, el amigo buey rompe la tierra, la tradicional honda de pita ahuyenta al prejuicioso sanate.

Se ve la tierra color esperanza desde larga distancia, prometedora para los hijos de Salamá. Los ríos en veloz carrera van cubriendo sus cuerpos, llevando en sus lomos objetos extraños que admiran los chicos del pueblo.

Canto a la tierra

Pedro Benjamín Ramos San José

Tierra que llevas en tu vientre los restos del hombre que trabaja, tierra virgen, tierra descansada, tierra que duermes esperando la varita mágica que toque tu cuerpo, para despertar de tu largo letargo. Llevas el futuro de Salamá muy dentro y por ello confiamos en tu fértil llanura que se extiende de San Jerónimo a Chicaj, cual agua que va de Océano a Océano.

Tu hijo humilde se apoya en ti, para ganarse el sustento diario, modelando la olla de barro, la maceta, la sartén, la tinaja, que es producto tuyo, producto inagotable en que alfarero cifra sus esperanzas, y allá va rumbo al mercado cargándote, tierra cocida, tierra buena, tierra descansada.

Está tu hijo cara al sol, mitigando tu incansable sed, para acariciar la faz; juega contigo a los soldados y marcando el paso, afina y afina tu cuerpo hasta que se cansa. Y como contando los días te transforma en adobe y como castigo, te pone al sol para tostarte y luego re vende para su sustento; eres buena tierra cocida, tierra descansada, tierra fértil, tierra virgen.

Tu hijo honrado te modela, sabe tu secreto y en diálogo diario te transforma en ladrillo; tú, tierra amada, sabes del exceso de calor, no por avergonzarte, al contrario, muestras así tu salud, tu vigor, tu energía, ayudando en las grandes construcciones.

Y qué decir del hombre que rompe tu cuerpo, sangra tu piel tostada por el sol, que da luz y vida. Perforada te deja por mucho tiempo, con tu silencio acostumbrado ni gimes siquiera, no elevas tu voz para pedir perdón del mal que no has hecho, no demandas al hombre, no tratas de vengar tal injusticia; mas. En cambio. Haces todo lo contrario. Recibes la simiente que el hombre deposita e tus heridas, cual si fuera un antiséptico, le das calor y la haces germinar, le das toda tu protección hasta hacerla producir y le regalas al hombre ese producto para su sustento. Es cuando tú estás activa, estás despierta, trabajas porque recibes agua en abundancia, es el invierno; pero después de todo eso, vuelves a tu largo descanso, el agua se va y tú

quedas cubierta con la capa del olvido; el hombre te vuelve la espalda y como si nada, no agradece tu participación. Pero siempre tú quedas a la espera de dar más para producir mejor; tus hijos ven no lejano el día en que seas el porvenir de todo un pueblo, que tu actividad sea eterna y que te acaricie el agua, el viento y el sol.

Eso eres tú, tierra sufrida, tierra que duermes, tierra que descansas y que llevas en tu vientre los restos del hombre que trabaja.

Año Nuevo (charla con un calendario)

Pedro Benjamín Ramos San José

Estoy por quitar el último mes del calendario anunciándote que ha terminado de servirme. Fue un día lunes con fecha 31 y ya cansado de estar trescientos sesenta y cinco días en la pared, me pidió que lo bajara y lo colocara en una mesa exactamente a las veintitrés horas, donde charlamos. Para recordar —me decía— que lamentaba cuando le quitaban una hoja cada mes, porque se iba debilitando y la vida se le acortaba. Padezco —me dice—, de una enfermedad incurable, no hay médico que sepa cómo curarla, sí, el cáncer del tiempo. Voy dejando perdido cada treinta días una parte de mi cuerpo, que mes a mes va llegándome al corazón, ahora son ya las últimas palpitaciones que siento, tengo mi única hoja desprendida de un extremo

y solo puedo decirte, que perdones tantas penas pasadas en el transcurso del año. En varios meses anuncié, para tu querido pueblo, cosas benéficas, marqué fechas en las que se iniciarían obras materiales, proporcionando pan para tanta familia carente de ello; pero luego no sé qué pasaba, al no llegarse a la realidad, y créeme que me sentía avergonzado. Otras veces recuerdo que di alegres días, donde el cantar de pájaros y el soplar del viento con suavidad, dejó tranquilidad e hice olvidar penas, de ello estoy seguro. Esto satisface mucho.

Escuché palabras fuera de orden dedicadas a mí, pero esto es asunto del destino, que haya sido yo quien trajo penas, pobreza, muerte, accidentes, disturbios, etc., No importa, todo se perdona, máxime para quienes ya estamos en agonía, te recuerdo que traje obra espiritual y tu pueblo que ha sido tierra llena de tranquilidad, donde la rosa da belleza al valle, el órgano identifica su clima cálido, la hembra risueña hace olvidar las penas, el hombre serio y amable da paz al ambiente, donde cualquier extraño conoce la mano piadosa de Dios, que vela por todo un conglomerado que conmemora los grandes acontecimientos religiosos. Esto también me satisface.

Hubo una pausa, no sé cuánto tiempo fue; pero oí a lo lejos lo alegre del pueblo, vi gente que iba y venía; mujeres luciendo lo mejor de sus vestidos y hombres de traje negro,

camino al baile tradicional donde con ansias se esperaba al Año Nuevo. En muchos hogares reinaba la armonía y la mesa estaba humeante el sabroso tamal y el fresco licor; en las calles pululaba la gente en todas direcciones, niños y jóvenes quemando cohetes. Todo alegría, todo paz.

Cuando vi el reloj, la aguja tocaba las doce en punto; del calendario se había desprendido por completo el último mes y oyendo el estertor de la muerte se me fue cayendo de la manos, hasta quedar vacía la mesa en que nos encontrábamos, escuchando a penas las últimas palabras: —“Que el Año Nuevo es próximo, que la pobreza y las penas sean más livianas, más pasajeras...”—, me levanté confundido y al entrar al comedor de mi casa, para abrazar a mi esposa y a los nenes que dormían, encontré en la mesa el humeante tamal, el licor que esperaba ser sorbido y rostros alegres, el Año Nuevo estaba presente. El lugar que había estado vacío por una hora, tenía un nuevo calendario, brillante, de hojas limpias y bien planchadas. A lo lejos las bombas voladoras subían saludando al año, los cohetillos tronaban de lo mejor y todo un pueblo se abrazaba delirante de alegría, deseándose como siempre FELIZ AÑO NUEVO. Era Salamá en una noche que desbordaba su euforia y dejaba escapar su sinceridad al esperar un tiempo nuevo.

El viento que jugó toda la noche

Pedro Benjamín Ramos San José

En el año de 1953, en un mes de octubre, allá en la finca de Santa Rosa, inmensa finca donde habían caballos, vacas, toros, gallinas, gallos, pollitos, patos, gansos y una pequeña laguna a donde estos animales a diarios tomaban agua, se bañaban y nadaban, era parte de sus vidas.

La vacas daban leche, donde la trabajadora de siempre, Angélica, se encargaba de sacar el queso, requesón y mantequilla, para el consumo diario y a la venta en la cabecera departamental Salamá, y en la ciudad capital. De la finca a Salamá hay unos cuantos kilómetros de distancia, eso sí, pasa por una cumbre muy peligrosa llamada la cumbre Quililá, que cobró muchas vidas de los vehículos accidentados que obligatoriamente circulaban hacia Cobán.

El ambiente de la finca era acogedor, estaba enclavada entre montañas frondosas, de pinos altos mirando al cielo, sus bellotas yacían entre hojarascas avellanadas de otros árboles, estaban descansando comidas por animales silvestres como ardillas o uno que otro venado. En las noches de luz clara de luna llena, no faltaba el tecolote y la lechuza con sus soplidos característicos de

Shh... Shh... Shh...

Que no dejaba de asustar a las tranquilas trabajadoras y mozos. Decía

que era octubre y un día ya entrada la noche, la maestra Amalia, que atendía la educación de los hijos del patrón, coronel Antonio Estrada Sanabria. Ellos eran Antonio, Carlos y Jacinto, niños aún, fue la maestra Amalia a su casita de habitación y por el viento que a ratos se enfurecía, ya no pudo salir.

Un palo de aguacates que estaba cercano a la casita y que de día le daba sombra y de noche aguacates, principió a despeinar sus hojas por el fuerte viento y cayeron los aguacates. A la maestra Amalia le entró miedo y luego escuchó algo muy raro, ya era muy fuerte el viento y golpeaba los árboles con furia y todo lo que encontraba a su paso, haciendo un estruendoso ruido.

Rrrr... Rrrr... Rrrr...

Se alejaba del lugar, a lo lejos se oía que golpeaba el pinar de otras montañas y desaparecía. La maestra Amalia, se tranquilizaba un poco, las perlas de su rosario entre sus temblorosos dedos. Pasaban una tras otras al decir:

“¡Ave María Purísima! ¡Líbranos de esta, del viento! ¡Sagrado Corazón de Jesús! ¡Ampáranos!”

Mientras hacia una cruz en el aire y besaba su rosario. Al rato el viento volvía con más soberbia, a tal punto que la maestra soltó el llanto al verse sola a disposición del viento y más apretaba su rosario, única compañía esa noche.

Oía muy cercana a ella, el mugido de las vacas, el relinchar de los caballos, la alharaca que formaban las aves de corral, el ladrido persistente

de los perros, el croar de las ranas en los charcos formados a orilla de la carretera, y el aullido de los lobos entre sus madrigueras de las montañas y los aguacates cayendo sobre las láminas por techo de la casita de la maestra Amalia, que pensaba en sus alumnos; pero ellos estaban más seguros.

Al volver del miedo, la angustia y de la aflicción. Fue cuando la maestra oyó un pino caer al suelo. Cerca de su casita donde le habían dado para vivir.

¡Cranchhhhhhhh! Hizo.

Fue un golpe seco, estruendoso, que hizo temblar su casa hecha de madera con techo de láminas. La luz del rayo la iluminó.

La maestra se asió a su mesa de madera de pino seco, donde sus lágrimas humedecieron el tablero. Se tranquilizaba un poco cuando el viento se alejaba, pero a los pocos minutos el viento volvía con más furia.

Así pasó toda la noche, el viento iba y venía haciendo destrozos en toda la finca y otras montañas.

La noche era de carbón.

La luna y las estrellas se ocultaban

Las luciérnagas dormidas en los troncos de árboles añosos.

Los farolitos de las luciérnagas, apagados.

Toda la noche fue dantesca, como si el sísmate hubiera hecho gala en su recorrido tenebroso.

Al amanecer, el sol imperó con sus rayos abrasadores, fue una mañana clara, fresca, como si la noche

anterior no hubiera pasado nada, las ramas de los pinos destrozados en el suelo. La maestra Amalia desvelada y asustada hizo el comentario en hora del desayuno; el coronel vio a su esposa y ella lo entendió y no comentó nada, la maestra sospechó algo.

Antonio, Carlos y Jacinto se comunicaron con puntapiés suaves debajo de la mesa del comedor y se reían con picardía, que la maestra se asustó más, Yuta y Rutia por su edad nada sospechaban. Los esposos coronel Antonio y Yuta hablaron aparte de lo acontecido y Antonio dijo:

“Es lamentable que la señora Amalia haya sufrido el fuerte viento que hace años hemos sentido los que habitamos estas tierras”. Sí dijo Yuta, “es lamentable, pero por el secreto que guardamos, este fenómeno es más espacioso, guardaremos el secreto y no comentaremos nada, hasta que desaparezca por completo”. Se abrazaron y se fueron a su dormitorio.

A la mañana siguiente, sábado, Carlos, Antonio y Jacinto le dijeron a la maestra que fueran a un paseo, ella aceptó. Fueron a pasear entre los pinales cercanos para recoger bellotas y Carlos en su clase de manualidades hacia chompipitos. Almorzaron en el aserradero de la finca, ese día los trabajadores no llegarían, y qué sorpresa la que tuvo la maestra, el almuerzo fue sal, tortillas y aguacates, la maestra al verlos se erizó de espanto y se empalideció al recordar el fuerte

viento que jugó toda la noche hacía apenas dos días. Mayor fue el susto cuando los niños le contaron que los aguacates los habían recogido debajo del aguacatal cerca de su casita de habitación.

Ella sintió desmayarse y por poco cae al suelo; los niños le dijeron:

“¡Qué le pasa maestra!

¡Cálmese, cálmese, cálmese!”

Le vamos a contar: ese viento pasa por aquí dos veces al año, al principio y al final. Es una fuerza negativa que corre por estas montañas y la manera de alejar el mal, es no contar nada al día siguiente del fenómeno. Por eso a su sorpresa todos callaron.

Al terminar el paseo, la maestra se retiró a su casa de habitación con mucho miedo, esa noche se santiguó y pidió por la tranquilidad de estas montañas e invocó a Santa Rosa y se acostó a dormir.

Tempestad

Pedro Benjamín Ramos San José

El aspecto de la finca perdía su color a la entrada de la noche en época de invierno, eran esas noches tenebrosas, ambiente húmedo, no se veían constelaciones en el firmamento ni por encanto.

Las nueve eran, los rayos principiaban a caer, los latigazos abrían caminos chisporroteantes en la negrura de la noche, se oía el retumbar del cielo angustiado y culebrinas retorcidas

telegrafando malos augurios y oscuras nubes galopando en un cielo sin luz.

Mientras tanto las trabajadoras se acurrucaban en sus camastros arrullando patojos que estaban quietos de miedo.

“¡Reza Mario!”

Decía María a su marido, que estaba pálido de espanto. Ella se puso a rezar un rosario a Santa Rosa, patrona de la finca, dejó de rezar hasta que la tempestad estaba terminando.

A cada luzazo sólo se veía el espacio blanco opaco de la carretera que dividía en dos la finca. Los relámpagos se sucedían unos a otros. Una de esas noches, de lengüetazos, de relámpagos, Angélica salió de su rancho a la casa patronal con un molino rústico de moler maíz entre sus manos, bastante temerosa, cuando un latigazo, el más fuerte de toda la noche, hizo que se aclararan las casa y ranchos de la finca, Angélica del susto botó el molino y regresó corriendo a su rancho y frente al altar de su Santa Rosa, clamó por ella, su familia y por los habitantes de la finca.

La Virgencita estaba sobre una mesa, quemada a su alrededor por las veladoras y con cera pegada a ella por candelas encendidas y derretidas. Era una Virgencita antigua burilada en madera que sus abuelitos le había regalado. Todos los días Angélica regaba pino fresco, cortado en la montaña, a los pies de su Virgencita y el rosario no faltaba en las manos de Angélica para rezarle con devoción.

Los niños asustados de ver y oír rayos, culebrinas, tumbos y retumbos.

Retumbos redoblando

En el corazón del espantado cielo.

Los niños se pegaron al regazo de su maestra Amalia, en la casa patronal, después se cubrían en las colchonetas rellenas de plumas de gansos, gallinas y patos. A cada estampida de rayos los niños y maestra se metían entre dos colchones.

Los esposos Antonio y Yuta, se encontraban ausentes, habían salido hacia la capital.

La tempestad aparentemente desaparecía; los niños y la maestra salieron de sus colchones, pero qué sorpresa, lo que no se imaginaron, oyeron un ruido raro como de camión viejo en marcha, cuando por luzazos lejanos vieron claridad montañosa, que en sus laderas bajaban correntadas de agua, un aguacero con furia, y a los pocos minutos el terreno de la finca se anegó; no se veía tierra ni carretera, solamente un inmenso lago; donde los patos asustadizos nadaban, los gallos y gallinas estaban rellenas de agua y nadaban ya sin vida. Otros animales corrieron la misma suerte, menos los caballos, las vacas y los toros que tenían el agua al cuello.

¡Era la catástrofe del año!

Las trabajadoras y mozos sacaban agua a guacalazos al patio de sus ranchos, Angélica y sus padres habían atrancado bien la puerta de su rancho, y el agua fuerte entró por la parte de arriba del rancho.

Ella, asustada, prendió veladoras y candelas, y quemó incienso a su Virgencita, lo que le costó mucho porque todo estaba mojado, se envolvió en su rebozo de feria recién comprado.

La casita de la maestra estaba vacía, a momentos temblaba de miedo. La maestra y los niños estaban en la casa patronal, veían como este fenómeno castigaba esos contornos.

Los pinos fijos y muchas ramas ya quebradas yacían en la inmensidad de agua estancada. Hasta que al fin el agua encontró salida y se llevó consigo mismo, muchas vidas de animales, entre círculos de correntadas mientras la tierra lo consumía todo.

Al día siguiente, claridad solar, tranquilidad, como se dice: Tras la tempestad viene la calma.

El aserradero destruido, las casitas de las palomas destruidas y en el suelo, todo fue cuentas de la tragedia. Cenzontles haciendo gárgaras de su canto mañanero. Mirlos saltando entre pino y pino. Chorchas reparando sus nidos. Ramas y hojarascas esparcidas en la carretera.

Los niños contentos de ver el panorama un tanto desolador pues no alcanzaban a ver la realidad de las cosas. La maestra al entrar a su casita, vio con tristeza que en el suelo todavía había agua, que con la ayuda de la trabajadoras la sacaron a tinazos y se dio cuenta que había perdido prendas personales. Al llegar los patrones de la ciudad de Chiquimula, lamentaron lo sucedido. Siguieron su vida cotidiana.

Época escolar

Pedro Benjamín Ramos San José

Los niños que la profesora Amalia tenía a su cargo Carlos, Antonio y Jacinto; los exámenes que tenían que hacer para promover el grado los efectuaban en la Escuela Tipo Federación José Clemente Chavarría, de la ciudad de Salamá.

La finca se vestía de verde todo el año, pues llovía lo suficiente por estar enclavada entre altas montañas revestida de pinos rectilíneos que en las mañanas se cubrían de niebla espesa, los niños eran felices en su ambiente, aprendían en la escuela y retozaban que daba gusto verlos.

Un día al salir de clases dispusieron darse un buen baño en la laguna de los patos, agua que se mantenía sucia ya por la tierra de su profundidad, como la defecación de los patos que eran bastantes.

¡Plashhhhh!

Se tiraron al agua, nadaron, se zambullían y salían a la superficie risa y risa. Jugaban tenta, ¡La llevas! ¡No, vos la llevas!

Y se volvían a zambullir.

Cuando sintieron ya era tarde, las tres eran y salieron del agua más corriendo que nadando. Cuando llegaron frente a la mamá, ella asustada gritó:

¡Hijitos por Dios Santo dónde estuvieron!

Ellos contestaron al mismo tiempo;

Guatemala. Los soldados de la guardia de Salamá hacían incursiones a la finca; cuando esto sucedía, el montañero solitario, Antonio Estrada Sanabria, montaba su caballo, con una escopeta en ancas del animal, y su pistola al cincho que nunca le faltaba, se iba montaña arriba, lugar que conocía como la palma de su mano. Se colocaba en un mirador que había hecho *ex profeso*, desde allí veía todo el movimiento de los soldados.

—Solo espero que traten mal a mi esposa, y entonces van a saber quién es Antonio Estrada— se decía en sus adentros. Mientras Yuta, su esposa, contestaba a quien preguntaba por el coronel.

“¿Díganos donde está el coronel?”

“¡No lo sé, si supiera tampoco les diría!”

Contestaba Yuta muy enojada. “Pueden entrar. ¡Búsquenlo! ¡Búsquenlo!”

Los soldados entraban a la casa y todas las cosas las revolvían, abrían gavetas, armarios, le daban vuelta a los colchones, en otra ocasión se robaron un revólver con cache plateada.

En pocos minutos regresaba de la montaña el coronel y aún veía desde su casa a los soldados en la carretera de regreso a Salamá. El caballo permanecía ensillado atrás de la casa, en un momento dado salía rápido hacia la montaña, donde se reía de ellos. Una noche llegó un vehículo con dos hombres y el conductor, venían por el

coronel, el cual se fue con desconfianza, Yuta, su esposa, se quedó rezando a Santa Rosa, a quien debía muchas novenas. Esta vez una veladora pasó encendida en ausencia de su esposo.

A medio camino en una carretera de Alta Verapaz, y a altas de la noche, por la radio supieron la caída de Árbenz, y el triunfo del ejército de la Liberación. El coronel se fue rápido a la zona militar de Chiquimula, donde fue alegremente recibido. Las doce de la noche eran y la veladora se apagó allá en la finca, Yuta lo tomó como un milagro, pues otro día hubo cadena nacional, habían triunfado las derechas en Guatemala.

Tiempo después hubo un intento de golpe de estado, atacaron los cadetes de la Guardia de Honor contra el ejército de Liberación, donde el coronel Estrada Sanabria estuvo en defensa de la Liberación. Castillo Armas se encontraba en Antigua Guatemala e inmediatamente se fue al Palacio Nacional, días después el montañero solitario fue nombrado Director de la Policía Nacional, entonces fue cuando recobró su revólver de cache plateada. Una avioneta de la Liberación bajaba en la finca para hacer entrega de víveres.

Los niños agarbillas hacían cuando se acercaba la avioneta, para ellos era una emoción. Otras veces llegaba un jeep con los mismos fines, entonces la maestra, Angélica y los niños iban a pasear a Cobán, la gente rural los admiraba porque en la parte de atrás del vehículo decía: ¡Liberación!

Después de dejar la Dirección de la Policía Nacional, ocupó el cargo diplomático de embajador de Guatemala en Santo Domingo, isla caribeña.

El tiempo se tragó los días, al coronel Castillo Armas lo asesinaron en el propio Palacio Nacional, el ejército de la liberación desapareció y el coronel volvió a su finca, a su ambiente rural.

Era él, gordo, moreno claro, amable, usaba lentes oscuros, *Ray Ban*, zapatos de cuero, alto, pelo negro un tanto quebrado echado para atrás, era respetado y la gente le tenía aprecio.

Tragedia en Santa Rosa

Pedro Benjamín Ramos San José

Llegaron los años del 80 al 85 y el coronel Estrada siempre fue perseguido, tenía la costumbre de salir de la finca junto a su esposa unas veces otras lo hacía solo.

Un día de persecución el coronel no se encontraba en la finca, pues se confió, pensaba que ya había pasado el peligro, pero aún tenía enemigos fuertes, eran vengativos. Una mañana a eso de las nueve llegaron unos hombres armados vestidos de particular en busca del coronel, solo estaba su esposa y los niños, la maestra Amalia ya no trabajaba en la finca. Los hombres empezaron a disparar, Yuta se defendía como una heroína, hirió a varios hombres. Las trabajadoras y mozos huyeron, los niños también se fueron montaña arriba.

Los hombres eran muchos contra ella sola; cuando se le terminaron las balas trató de huir en compañía de un mozo que le fue fiel hasta los últimos momentos, él pudo escapar entre la cerca de alambrados; pero ella no, por su porte de alemana, alta, fornida, de tez blanca y fuerte carácter. Una bala asesina dio en el pulmón seguro, Yuta principió a desfallecer y cayó con su revólver vacío, para no levantarse más.

Las mañanas silenciosas lloraron horas de espanto.

Los pinos con lágrimas resinosas inundaron sus cortezas.

El aserradero dejó de chirriar para siempre.

El sol desparramó sus rayos sin brillo, de horror.

Después de la muerte de Yuta, los hombres criminales le prendieron fuego a la finca, dejando sólo cenizas y huyeron. Cuando supo la noticia el coronel, rápido fue a la finca; encontraron un cuadro desolador, solo humo era lo que antes había sido una hermosa finca lechera y maderable. Cuando vio a su mujer tirada en el suelo con pistola en mano, la lloró y dijo:

—Si hubiera estado presente, tal vez nos hubieran matado, pero delante de mi estarían una docena por lo menos de estos desgraciados—

Después le dio cristiana sepultura en la ciudad de Salamá. Más tarde el coronel vivió en otra porción de tierra, sus hijas se casaron unas, otras y sus hermanos vivieron posiblemente en

Alemania. Angélica se fue a vivir a Salamá, sus padres también, su señora madre Elena, ya falleció lo mismo que su señor padre. Angélica es muy cristiana, reza y canta para los actos religiosos los temas santos, va a Estados Unidos dos veces por año a reunirse con sus hijos.

Con el tiempo el coronel envejeció, vivía del recuerdo. Era muy cristiano católico, llegaba con su familia a Salamá en época de Semana Santa para confeccionar una alfombra frente a la

puerta principal de la iglesia de San Mateo el día Viernes Santo, y en horas de la tarde asistía al acto de Unción del Santo Jesús, donde teníamos la oportunidad de estrecharnos la mano; también le recordábamos que para la feria departamental en Salamá, asistía al desfile hípico en su carruaje tirado por un hermoso ejemplar caballar.

Un día se supo la muerte de un ilustre salamateco: Antonio Estrada Sanabria.



Tradiciones salamatecas

Noviembre y sus tradiciones

Cristóbal Reyes de la Cruz

En Guatemala el fin de la época lluviosa da paso al mejoramiento del clima, lo que propicia mayor velocidad del viento volante que se aprovecha para el vuelo de barriletes. Estos objetos volantes han surgido como una forma física de elevar plegarias o mensajes a los que están más cerca del cielo. Son famosos a nivel nacional los barriletes de Sumpango que compiten en tamaño, colorido y mensajes.

La celebración del Día de los Santos, unida al de los difuntos, da un toque especial para la cocina

guatemalteca la que ha establecido el tradicional platillo: el fiambre.

Este plato frío se prepara a base de un curtido de vegetales, con diversas carnes y embutidos. El fiambre es una de las mejores expresiones de la tradición guatemalteca. A lo largo de los años y en cada región del país se ha dado un sabor especial al fiambre, al que se le pone un toque único que lo hace memorable y digno de comerse una vez al año.

El dos de noviembre se recuerda a los seres queridos que nos han antecedido. Desde finales de octubre se ven trabajadores en los cementerios remozando los mausoleos, colocando lápidas los faltantes y pintando; la venta

de flores, guirnaldas y veladoras se incrementa y los camposantos cobran vida; especialmente la noche del uno de noviembre con sus famosas veladas, en donde no falta la variedad musical y el ir y venir de los deudos que una vez al año decoran y acompañan las tumbas que guardan el recuerdo de sus seres queridos.

Las chicharras y zompopos de mayo

Cristóbal Reyes de la Cruz

Iniciamos el mes de mayo con el alivio de haber dejado la época calurosa del año; llamando a verde, esperando cuando las lluvias se inician, previo a escuchar el chirrín chirrín de nuestras cigarras en árboles y chiriviscos en los campos. Aunada a las primeras lluvias abundantes del mes; el campesino prepara la tierra y en horas de mañanas con olor a suelo mojado, salen de profundas madrigueras el manjar del campesino convertidos en insectos alados; los tan esperados zompopos y que los niños muy de mañana con trastos y bolsas los atrapan entre gritos y alegría, como un bocadillo más para el desayuno o bien para ser vendidos en el mercado.

El mes de las flores es propicio para exaltar algunas efemérides y conmemoraciones dada su importancia en el ámbito cívico y social. Así encontramos que el 1 de mayo se celebra el Día Internacional de los

Trabajadores en todo el mundo; un homenaje a hombres y mujeres que cumplen con el sagrado mandato de ganarse el pan con el sudor de su frente.

El 4 de mayo de 1877 la Verapaz es dividida en dos departamentos: la Alta y Baja Verapaz. El día 3 de mayo cobra relevancia la tradicional danza de los mazates, un baile netamente salamateco. Este baile tiene influencia religiosa, por lo que se deduce aparecieron después de la conquista. La indumentaria es rústica, con máscaras grotescas y llevan una vara larga en cuyos extremos colocan animales disecados y les sirve para apoyarse cuando danzan al compás del tún y el tamborón; la euforia la exteriorizan con el grito de batalla: “Ju, Ju mazate ale, tápate el rabo que se te ve”.

El 10 de mayo se festeja el Día de la Madre. En Guatemala se inicia con una carta enviada por la maestra de 24 años, oriunda de Río Blanco San Marcos Juana Francisca Barrios; al periódico capitalino *El Mundo*; sugerencia que hacía al presidente de esa época, para que se celebrará el 10 de mayo como el Día de la Madre. El periódico la publicó en 1928. La respuesta no fue inmediata, sino tres años más tarde en tiempos del presidente Jorge Ubico Castañeda en el año 1931. Hoy se cumplen 81 años de estarse celebrando en Guatemala el Día de la Madre (2012).

El 15 de mayo se celebra el Día del Árbol, este es el momento de abrir

hoyos, porque ya tenemos lluvias. Dejamos la iniciativa a todos los buenos guatemaltecos; para que piensen que si hoy sembramos un árbol y lo cuidamos mañana será una bendición de Dios para nuestros hijos y si estos cumplen la misión, nuestra familia será eternamente bendita, pues Dios nos creó para construir y no para destruir.

El 31 de mayo se celebra el Día de la Constitución Política de la República de Guatemala, la cual fue solemnemente decretada, sancionada y promulgada en el salón de sesiones de la Asamblea Nacional Constituyente en la ciudad de Guatemala el 31 de mayo de 1985 y refrendada por 88 diputados constituyentes. Este año se cumplen 27 años de vida institucional.

Mujeres buenas hay muchas pero tú eres la mejor de todas.

Mayo mes de las madres.

La carretilla de la muerte

Elgi Walter Boteo García

En 1917, Salamá, fue afectada por la peste de gripe que cobró millones de víctimas alrededor de todo el mundo. Fueron cientos de personas que murieron en la tranquila ciudad de inicios del siglo XIX, muchas casa quedaron vacías, pues las personas comenzaban con los síntomas de la enfermedad y en pocas horas o días morían. La principal preocupación de las autoridades era evitar que la peste se propagara más, por eso no se permitían

los velorios y la policía pasaba por los diferentes barrios y a la fuerza entraban a las casas a ver si había personas contagiadas o agonizantes, a veces los cadáveres aún estaban tibios, pues la muerte acababa de ocurrir, pero eran arrancados de sus familias y llevados en una carreta de bueyes, la cual era guiada por un hombre que llevaba una campana y la tocaba en las esquinas, avisando que si había algún fallecido debían entregarlo para irlo a sepultar inmediatamente. Los fallecidos eran envueltos en sábanas para llevarlos al cementerio. La campana era un sonido lúgubre que invadía los patios llenos de flores que no tuvieron la oportunidad de acompañar los ataúdes, pues no había tiempo para eso. Las aves tristes permanecían estacionadas en las copas de los árboles, las señoras ataviadas con sus mantos y madrileñas lloraban en silencio la muerte de familiares, amigos y vecinos. No se permitía que los deudos acompañaran a sus muertos. Las familias rezaban en silencio frente a la mesa de los santos, el olor a incienso invadía las calles, la ciudad fue inundada por un silencio tan pesado como las rocas. Las campanas de la iglesia de San Mateo doblaban todo el día. La carreta de bueyes, que únicamente llevaba una piel de res tiesa para colocar los cadáveres trabajaba incesantemente, pasaba por el parque y las pocas personas que andaban por las calles elevaban una oración por el muerto anónimo que, como

materia inerte, pasaba por última vez por las calles de lo que fue su querido pueblo. Ni la luz del día podía alegrar a la población que únicamente tenía dolor y silencio. No fueron pocos los casos en que los cadáveres que habían sido colocados en un viejo cuarto del cementerio, en las últimas horas de la tarde, eran dejados para ser sepultados al día siguiente, pero eran encontrados lejos de donde los dejaron inicialmente y habían rastros de que se habían arrastrado por varios metros; o sea que fueron llevados aún vivos al cementerio. En más de alguna casa las señoras que trabajaban haciendo los oficios domésticos fueron encontradas muertas en la cocina o en los humildes cuartos que se les asignaban. Cuentan de una de ellas que fue encontrada muerta en el lugar donde tiraban las cenizas de la cocina, hasta allí llegó en la angustia de su agonía. Así de dura fue esa peste y no habían medicinas ni médicos, ni enfermeros para atender a los afectados. Solo los rezos y la fe pudieron salvar a muchos.

Aún en 1950, 1960 y a principios de 1970, cuando la luz pública era tan precaria que daba cierto miedo salir por la noche, no era raro oír que una carreta de bueyes, con sus ejes metálicos tan oxidados que chirriaban a lo lejos, se desplazaba a media noche por las diferentes calles oscuras, por ratos se oía el tañir de la campana que anunciaban el paso de la carretilla. Más de alguno escuchó varias veces la voz

de un hombre que decía: “¿No haaaay muertos...” Las personas de avanzada edad qué recordaban la peste sabían qué era eso. Se tapaban bien, abrazaban a sus niños, mientras la carreta seguía con su chirrido lento, pero golpeando el silencio de la noche. Otro día en las calles y el mercado, con cierto temor reflejado en la voz y en el rostro las señoras comentaban el suceso mientras compraban coyoles en dulce y quitandé a doña Carmen Sánchez.

Murieron poco después de que los espantaron

Elgi Walter Boteo García

Aquella noche se realizó una actividad donde amenizó la marimba Ecos del Valle, don Félix Arnoldo Guzmán Valdez y don Baldomero Reyes que integraban ese conjunto musical regresaban a sus hogares ubicados en el barrios San José. Habían pasado la oscuridad del Puente Viejo, eran como las once y media de la noche. Se oía a lo lejos el ladrar de los perros y algunos gallos cantaban ¿equivocadamente? Los dos caminaban platicando sobre diversos temas, entre ellos los relacionados con su profesión de músicos, subieron para enfilar hacia la casa de don Tomás Gularte o sea para pasar por donde se ubica actualmente el colegio Tezulutlán. Cuando caminaban por donde está El Coliseo La Libertad los dos oyeron como que en el lado opuesto al coliseo, en una especie

de barranco que aún existe, estaban unas personas. “Oiga eso, dijo don Baldomero, como que hay unas gentes allí”. “Tal vez es una pareja detallando, dijo don Arnoldo”. “Yo los voy a fregar, susurró don Baldomero haciendo el gesto de recoger piedras para tirarles”. No lo haga expresó don Arnoldo. De repente vieron en la subida hacia la casa de don Tomás Gularte que a media calle venía rodando un objeto oscuro, como una especie de tela negra o de ataúd. Ellos al ver eso se hicieron a un lado, el objeto siguió rodando hasta llegar hasta donde hoy se encuentra El Coliseo que era una cancha deportiva. Ellos oyeron que al caer el objeto en ese lugar hacía “rac rac rac rac”. Los dos sintieron que el cuerpo les pesaba y caminaron más rápido, en la esquina de doña Amalia Gómez de Quiroa se despidieron. Cuando don Arnoldo entró a su casa su madre doña María Engracia Valdez de Guzmán estaba despierta y al ver el semblante y el color que llevaba, alumbrando con una candela le dijo: “¿Y vos que tenés, te asustaron?” Don Arnoldo le contó lo que había pasado. Don Baldomero Reyes falleció a los ocho días.

En otra ocasión don Arnoldo Guzmán Valdez y don Pedro Torres venían de un rezo que se había llevado a cabo en la aldea Las Anonas. Cuando entraron al pueblo, como a las once de la noche, para no pasar por el parque y llegar más luego a sus casas ubicadas en el barrio San José, tomaron la calle

Los Naranjos y pasaron por el Estadio de básquetbol Los Naranjos, hoy Gimnasio Arriola Batres. Bajaron por la calle del liceo San Mateo para salir al puente viejo. En ese tiempo la luz pública era precaria, los pocos focos que había, estaban en retorcidos postes de madera, las calles eran sumamente oscuras. Desde que pasaron por donde hoy se encuentra el liceo San Mateo, don Pedro Torres se puso inquieto y a cada rato se volteaba nervioso para ver para atrás como si algo le molestara. Don Arnoldo sólo lo observaba y vio cómo se volteaba a ver hacia atrás. Iban en silencio. Llegaron a donde hoy está el coliseo La Libertad, en ese tiempo allí había una cancha de básquetbol, donde los jóvenes de la Escuela Normal Rural No. 4 recibían educación física comenzaron a oír unos ruidos extraños en la cancha. Miraban un bulto parado bajo una de las canastas de básquetbol, pero en segundos el bulto aparecía en la otra canasta o en una canasta llena cántaros que estaba a un lado de la cancha. Ellos miraban que el bulto en cuestión de segundos estaba en un lugar o en otro. De pronto el bulto se dirigió en dirección al río. Ellos sintieron que el pelo se les había parado y que un extraño hormigueo invadía su ser. Don Arnoldo Guzmán Valdez entró a su casa y don Pedro Torres siguió su camino solo pues vivía más adelante. Al poco tiempo don Pedro Torres perdió la razón, intentaron curarlo, pero no fue posible y falleció.

El herrero que arrastraba a la Llorona

Elgi Walter Boteo García

Don Celso Molineros era un herrero muy conocido en la ciudad, tanto por su habilidad en su profesión como por otras particularidades de su vida personal. Herrero de los tiempos aquellos en que las puertas usaban unas grandes llaves de metal, que muchos, con jocosidad llamaban llaves de San Pedro, pues en el imaginario colectivo así se conciben las sagradas llaves del cielo. Don Checho Molineros, así llamado en el pueblo, tenía como tarea reparar las chapas de esas llaves, para lo cual usaba diferentes tipos de soldadura artesanal. Cuando alguien perdía sus llaves él contaba con un juego de ganzúas o sea unos alambres con dobleces en las puntas con los cuales con habilidad y paciencia lograba abrir las puertas y elaborar nuevas llaves. “Uno se pregunta, ¿qué enredo tan grande era ese de cargar un llavero con unas seis o siete llaves de tal tamaño?” Como si hubiera sido un aviso de: “A quien haya encontrado un llavero...” Don Checho tenía remedio para eso y para mucho más. Reparaba las cañerías de tubos metálicos, les hacía rosca con un artificio llamado tarraja, maniobraba las llaves Stilson que eran para hombre de mucha galleta [fuerza], fabricaba llaves y también cartuchos o balas para los revólveres de esa época. Don Checho tenía otro encanto para

los jóvenes y los niños: Narraba sus encuentros con La Llorona en los diversos barrios de la ciudad, algunas veces fue en el barrio Agua Caliente otras en el barrio San José. Con su barba canosa, el aroma a puro [tabaco] rodeándole por doquier y acompañado de niños, jóvenes, lanzando escupitajos con color de tabaco mascado, don Checho ilustraba cómo al oír los gritos de La Llorona en la oscuridad de los callejones, sacaba su daga fabricada por él mismo, de buen acero, para que no le aplicaran aquello de que en casa de herrero cuchillo de palo y la mordía fuertemente como una “contra” [protección]. Luego al verla muy de cerca y más de alguna vez afirmaba con un brillo especial en los ojos, la arrastró por varios callejones. “Pero el secreto de oro, muchacho”, decía, “era halar las matas de escobilla, que era el pelo de la Llorona y al hacer esto, los alaridos que daba eran enormes, era la mejor venganza por el susto que los hacía pasar”, afirmaba el legendario herrero. Otro secreto entregado a los iniciados en el mundo de lo inexplicable era que entre más lejos se oían los gritos de la llorona más cerca estaba ella y viceversa. Don Checho usaba siempre un saco de casimir y sombrero de ala ancha y los escenarios favoritos para que le hicieran rueda los niños y jóvenes, su auditorio preferido, era en la entrada del antiguo cine Verapaz, frente a la actual posada de Don Maco, en calle de la Estación y en el convento de la iglesia parroquial antes de entrar

al cine que daban los padres dominicos. Hoy no está más don Checho Molineros y las personas quisieran que estuviera para consultarle qué hacer cuando oyen los gritos de la llorona a altas horas de la noche en los diferentes barrios.

La madre que agonizando visitó a sus hijos

Elgi Walter Boteo García

En el barrio San José, doña Eusebia Gómez Juárez, una venerable anciana, llegaba al final de su vida luego de una enfermedad. Afrontaba el capítulo final con serenidad, entereza y sabiduría luego de una vida de trabajo y entrega a sus hijos. En su rostro se reflejaban los rigores de los instantes postreros, sus hijas Amalia y María Candelaria y otros familiares y vecinos la cuidaban esa noche. El silencio tradicional del mencionado barrio en esos tiempos, sólo era roto por los escasos camiones que de vez en cuando pasaban por la calle principal del barrio que era la salida antigua hacia Cobán. Los camiones parecían desplazarse en cámara lenta. En la cabecera de la cama habían colocado una antigua cruz de madera que había pertenecido por generaciones a la familia. La habitación tenía un agradable olor a incienso, los rezos llegaban hasta el patio donde los perros ladraban si veían que algún transeúnte pasaba por la calle. La respetable moribunda tenía sed y le mojaban los

labios con algodones húmedos. Con una voz casi inaudible dijo: “Pobre mi hijo Lipe anda atormentado, a pie, por un camino lejano”. Los presentes se miraron en silencio y siguieron rezando. Al rato volvió a hablar: “Fui a la casa de Humberto, él está tranquilamente durmiendo”.

Don Felipe Gómez era un salamatéco que se ganaba la vida haciendo viajes con su camión Chevrolet 1962 color rojo. Esa noche iba hacia Chisec, por la mala carretera de ese tiempo, sólo le acompañaba su ayudante, cuando de repente el camión se quedó sin combustible. Don Lipe recordaba que unos kilómetros adelante vivía un señor que vendía *diesel* que almacenaba en unos toneles, pues en ese tiempo no existían gasolineras por esos lugares. Ante esta situación buscó el tambo de metal, lo bajó y le dijo al ayudante: “Quedate en la cabina, ponés los seguros, yo voy a ir a ver si consigo un poco de *diesel*”. El ayudante se encerró en la cabina. Don Lipe comenzó a caminar y en la primera vuelta de la carretera, aquella noche oscura, un pájaro comenzó a volar a la par de él. Llegó a la casa donde vendían *diesel*, compró, regresó y el pájaro no dejó de acompañarlo. Cuando regresó de nuevo al camión el pájaro se alejó. En ningún momento sintió miedo, al contrario, una especie de paz invadió su ser. Extrañamente llegó a su mente el pensamiento de que su madre estaba enferma. “Cómo seguiría mi mamá”,

pensó mientras con auxilio del ayudante le echaba combustible al camión. Don Humberto Gómez tenía años de vivir en Petén, esa noche mientras dormía acompañado de su esposa, de pronto la puerta del dormitorio se abrió. Tanto él como su esposa despertaron por el ruido de la puerta y comentaron que cabal oyeron como que alguien entró. Unos pasos suaves, tenues, como de alguien que caminaba muy lentamente. De pronto quedó en silencio de nuevo. “Humberto, temprano hay que averiguar cómo siguió tu mamá”, dijo la esposa. Se volvieron a dormir plácidamente, pero Humberto Gómez recordaría tiempo después que se durmió con la impresión de que alguien estaba en la habitación, pero que ese alguien no le infundía miedo. Luego del sepelio de doña Eusebia, la familia comentaba tanto las palabras de la fallecida como las experiencias que vivieron sus dos hijos.

Lo vieron después de muerto

Elgi Walter Boteo García

Don Valerio murió en octubre de 1967, en horas de la madrugada. Dos de sus nietos Rudy y Carlos fueron enviados como a las tres y media de la mañana a avisar a amigos y familiares, pues no existían los teléfonos. Los dos nietos bajaron del barrio San José hacia el centro, no dejaron de sentir cierto miedo al pasar por el Puente Viejo, pero el dolor de saber que había

muerto el abuelo que fue como padre para ellos les hizo vencer el temor que siempre inspiraba pasar por el Puente Viejo, sin luz en ese tiempo, sobre todo cuando regresaban por las noches de ver películas de vampiros en la iglesia parroquial y todos los del barrio se unían para regresar juntos y pobre del que tenía que pasar sólo por distraído y no darse cuenta cuando el grupo enfilaba hacia el barrio. Luego de avisar a los amigos y familiares en el barrio El Centro, Agua Caliente y Santa Elena los nietos tenían la misión de subir a la granja de don Virgilio Alvarado Córdova, ubicada a un costado de donde se encuentra hoy la Escuela Normal Rural No 4 y que actualmente es propiedad del profesor Margarito Córdova. Subir a esos callejones a esa hora de la madrugada también provocaba cierto temor. Ya soplaban los vientos de fin de año. Pasaron frente a la granja del capitán Antonio Estrada, donde vive actualmente el profesor Evaristo Gularte Estrada, era la única casa que existía en esa calle. Los dos nietos silenciosamente se transmitían valor. Al fin llegaron a la granja de don Virgilio Alvarado y desde la puerta de entrada gritaron “¡Juan Juan... Dice mi tío que por favor vayás a la casa!” Juan Laj, un personaje humilde pero muy conocido en ese tiempo salió en la oscuridad con su tos de fumador de puros, en la oscuridad se veía la brasita de su puro como una enorme luciérnaga. Tosiendo les dijo, “No tengan pena

muchá, ya don Valerio me vino a avisar hace como una hora, que me fuera a la casa de ustedes, me estoy preparando, espérenme, ahorita nos vamos”. Los patojos tuvieron el consuelo de que por lo menos no regresarían solos. Juan Laj tomó su machete y su bolsa de pita y comenzaron a caminar. “¿Vos Juan de veras vino papa Leo a avisarte? No jodás si él ya está muerto”. Juan no se inmutó y les dijo: “Pues sí, él me gritó desde la puerta, yo lo oí. Salí al corredor y lo vi parado, después se fue, traía su sombrero”. Los nietos del fallecido, Rudy y Carlos ya no hablaron en todo el camino. En la capital vivía el filarmónico Guillermo de Paz, sobrino político del fallecido, esa noche había tocado hasta altas horas en un convivio. Se entretuvo platicando con unos colegas músicos y cuando se dio cuenta ya era de madrugada. Tomó un taxi para la colonia Lourdes donde vivía y al pasar por la diecinueve calle le dijo al taxista “Pare aquí un momento compa, y este mi Tío Leo ¿Qué hace aquí a estas horas?” Vio como don Leo iba caminando tranquilamente por dicha calle con un saco de casimir y el sombrero de vicuña que siempre llevaba cuando viajaba a la capital. Se bajó del taxi con su clarinete en las manos, pero ya no estaba su tío. Se volvió a subir al taxi, pero estaba seguro que había visto a su pariente. Llegó a su casa y entró despacio para no despertar a su esposa Adelaida Fernández, se durmió, pensaba levantarse tarde al día siguiente pero no fue posible, su hija

Luki, lo despertó y le dijo: “Papá hay un telegrama urgente para usted”. Don Guillermo de Paz abrió el telegrama donde le comunicaban que su tío Leo había fallecido esa madrugada.

La Sigumonta

Jorge Luis Ramírez

“La historia cuando se cuenta con cuentos, parece más cuento que historia, y para que sea más cuento que historia les doy un cuento de mi bella tierra”

Era una deliciosa mañana de agosto. Aun no amanecía del todo, pero los tiernos rayos del sol lanzaban pinceladas de colores al cielo, tonos naranjas, rosas, amarillos brillantes en el horizonte y violetas verdosos hacia el cenit.

El valle de Salamá aun no se deshacía de las gasas de neblina con que en la noche anterior se había arropado para protegerse de la lluvia. Los musgos, sobre los cercos de piedra hacían la competencia, con su verdor, a los tímidos helechos que se asomaban también por entre las rocas.

Pero a decir verdad, todo era verdor luego de haberse reiniciado las lluvias tras el letargo de la canícula. Hasta los arganeles lucían recién lavados, con sus candelas verde oscuras elevándose hacia el cielo, pretendiendo pinchar con sus espinas a las nubes para que soltaran hasta la última gota con la que ellos pudieran tomarse turgentes y están preparados para los meses del estío.

Los gallos ponían la nota bulliciosa a la madrugada y solo ellos, porque los cenizotes y otras aves canoras ya habían callado sus cantos primaverales una que otra res mugía en la distancia, con toda seguridad esperando el momento en que se les ordeñara, para luego poder estar un tiempo al lado de sus crías.

Era un paisaje idílico...

Y era algún sitio entre las aldeas de los Pinos y la Laguna, en el Valle de la Paz.

Por un camino bordeado por sendos cercos de piedra, sostenidos por filas de organales, nopales y palojotes, estos últimos entrelazando sus ramas en lo alto, caminaba feliz un joven. Quizá rondando los diecisiete, dejaba apreciar la fortaleza de los campesinos de la región. Cabello lacio, negro, cubiertos por un sombrero de ala ancha. Tez morena a la que iluminaban unos ojos más negros que café. Complejión robusta, pero no alta. Su anguloso rostro, que no podía considerarse guapo, guardaba reminiscencias de sus antepasados tlaxcaltecas, asentados en este sector del valle por uno de los hermanos de don Pedro de Alvarado, una vez completada la conquista.

Su nombre Fermín Adqui marchaba a paso ligero, como queriendo ganarle a la mañana, que por ratos avanzaba más rápido que él, al frente de su andar, la silueta baja de “Los Cerritos”, que lo invitaban a pasar a su vera por el antiguo “Portezuelo”. Era

este su recorrido de todos los sábados, su peregrinaje ganado a la dura faena de la semana, con el único propósito de ir a visitar a su abuelo, don Dimas Adqui, que vivía por “El paso de las Yeguas” allá cerca de la Piedrecitas.

Fermín, que no tuvo más dicha que visitar la escuela por dos años, consideraba cada visita a su abuelo como una compensación de la vida, a la carencia de su desarrollo cultural. Qué cúmulo de experiencias vividas por su abuelo le eran transmitidas en cada fin de semana. El acervo de una longeva vida, eran transmitido solo para él, privilegiado entre una multitud de nietos.

Y es que don Dimas, en sus años mozos hizo gala de ser un verdadero “Don Juan”. Veintidós hijos e hijas, provenientes de ocho mujeres daban testimonio de su atrevido paso por la vida. Y en eso iba pensando, porque su abuelo, al igual que él, no podía haberse preciado de ser guapo. Pero su abuelo era una leyenda. ¿Cómo le haría?, hoy sería el momento de interrogarlo, mientras en su mente también guardaba un espacio para las cuatro muchachas que llamaban su atención, pero a las que de ninguna manera se atrevería a abordar, por temor a un rechazo.

Empezó a sentir sobre su espalda los cálidos rayos del sol justo cuando al voltear un recodo divisó la añorada casa de su abuelo. Apresuró su paso, solo pensando con llegar a refugiarse bajo el alero de tejas coloradas, y asentarse

en los gastados pasamanos donde en sus tiernos años también había jugado que era un caballo, sentándose a horcajadas.

Al entrar, le invadió el delicioso aroma a tortillas recién echadas, y el dulzón olor a queso fresco. Saludo con cariño a sus tías, ocupadas en la cocina y no ignoró las desdeñosas miradas de sus primos, que le saludaron con recelo, pues sabían de la preferencia que don Dimas tenía por Fermín.

El abuelo ya se encontraba sentado en la mesa del corredor, devorando su cotidiano plato de frijoles con queso y su enorme pocillo de café humeante. Fermín se acercó y haciendo una reverencia esperó a que su abuelo le autorizara sentarse con él. Una enorme sonrisa se dibujo en la cara del viejo y extendió sus brazos en donde pronto se refugió el nieto. Luego la invitación a que se sentara y la orden de que se le sirviera el desayuno. El rato continuó con la conversación tradicional, que cómo está su papá, que si la milpa, que si la vaca colorada había parido y un sinfín de cosas triviales.

Fermín siempre sentía eterno este momento del desayuno, porque su más grande anhelo era que su abuelo le invitara a la parte de atrás de la casa, donde bajo la sombra de un inmenso árbol de jocotes se sentaban en cómodas butacas de cuero crudo y empezaba el ritual; el largo monólogo de don Dimas, interrumpido de vez en cuando, por las puntuales preguntas del muchacho.

La conversación inició como era costumbre, siempre con temas variados, pero en esta ocasión Fermín no permitió que tomara el rumbo espontáneo de siempre, ahora aun sabiendo que se arriesgaba a una regañada de su abuelo, por su atrevimiento, lanzó la pregunta repentinamente...

Se hizo inmediatamente el silencio, y Fermín no podía ni siquiera mirar de frente al anciano. Lo que Fermín no pudo apreciar fue la chispa que se encendió en los ojos del abuelo, ni la picaresca sonrisa que iluminó su rostro. El viejo alzó los ojos, como viendo los jocotes que, madurando, empezaban a copiar el color del sol sobre el árbol y un largo suspiro brotó, no de sus pulmones, sino de los profundo de su alma.

“La naturaleza es pura sabiduría, hijo —empezó diciendo— lo que pasa es que nosotros no hemos aprendido a hacerle caso.

“Si aprecias a los animales, ellos te pueden decir muchas cosas. Mirá los pajaros en la que entrada del invierno, están alborotados y como locos. Pero ellos con sus juegos y retozos nos están dando una prueba de que la naturaleza continúa. ¿Has escuchado el chillido de la lechuza por la noche? Pues bien, la gente a eso le llama “agüizote”, pero lo que pasa es que la lechuza es la encargada de avisarnos cuando vienen malos momentos.

¿Acaso no por el canto del “piscoy” según por donde cante, sabemos si tendremos buena o mala suerte? ¿o

el caso de aquella mariposa negra, grandota, que vino a la casa para avisarnos que tu abuela nos iba a dejar?

Cuando los azacuanes pasan volando de noche hacia el norte, sabemos que viene el invierno. Y cuando regresan, sabemos que se va. El “cantido” de los grillos siempre nos dice si va a llover o no, igual que los coches cuando se alborotan en el chiquero...

Por eso, hijo lo que te voy a contar, deberá quedar solo entre vos y yo, porque no es algo para que lo sepa todo el mundo:

¡Vos conocés a la Sigüamonta! Ese pájaro que siempre anda entre los breñales y se nos atraviesa por los caminos. A pesar de que puede volar, casi nunca la ves haciéndolo, pues prefiere correr. Es un pájaro bueno, porque come culebras... pero también tiene otro secreto. A mí me lo dijo un amigo de mi papá, hace ya muchos pero muchos años:

“Si tienes mala suerte en el amor, —me dijo—, y se te atraviesa una Sigüamonta por el camino, háblale, si la Sigüamonta se para y te pone atención, tienes que tratar de enamorarla, dile cosas bonitas, de esas que se le dicen solo a una muchacha chula pero tienes que decírselas con todo el sentimiento, como si fuera verdad... Si la Sigüamonta se convence, te va a dar un regalo... la vas a ver estirando el pescuezo como si tuviera soco, pero lo que vas a ver es como vomita una piedra verde. ¡Como de vidrio,

como jade! Recogé la piedra con tu pañuelo, y métela en tu bolsillo. Nunca la volverás a ver, ni dejes que nadie la vea, no la desenvuelvas para nada. Pero lo que sí es cierto, es que mientras cargué la piedra y hagás lo que se te dijo, no volverás a ser despreciado en el amor.

Así me dijo el amigo de mi papá, hace muchos años. Esta es mi historia hijo. Ahora ya la sabes”.

Aquí el abuelo se quedó callado, meditabundo. Sus ojos dejaron de expresarse como lo hacía siempre. Quizá estaba triste, quizá solo pensaba.

Pero Fermín aun no había satisfecho toda su curiosidad, pues otras preguntas surgieron luego del relato del abuelo.

Pero, abuelo, ¿en dónde guardaba ahora usted la piedra? ¿Puedo verla?

No hijo. Ya te dije que la naturaleza es sabia, y no va a dejar que toda la vida andes por ahí haciendo tonterías. La piedra sabe cuando ya no va a servir y entonces se desaparece. La mía desapareció cuando verdaderamente me enamoré, cuando conocí a tu abuela, porque la piedra supo que yo no debía tener nunca más otra mujer. Porque la felicidad de mi vida había llegado.

Tuve antes muchas otras mujeres, pero no me hicieron feliz. Fue diferente con la Chanda, con ella viví como en el cielo... ¡Que Dios la tenga en su gloria!

Ahora sí, don Dimas se quedó en silencio, más porque el muchacho ya

no tuvo la intención de hacerle más preguntas. Él, por su lado, también se quedó pensando, pensando, pensando...

Era ya media tarde cuando Fermín bordeaba nuevamente Los Cerritos con rumbo a su casa, aun el sol brillaba con fuerza y no había llovido, pero allá por san Jerónimo se iban acumulando gruesos nubarrones grises, que con toda seguridad se convertirían en lluvia, más tarde.

Se santiguó al pasar por el pequeño adoratorio del Portezuelo viejo, y siguió meditabundo su camino. Pasó por el cruce en donde se bifurcaron los caminos que van hacia la aldea La Laguna, y el que va para los pinos. Siempre le gustaba ese trecho en el camino, justo donde los altos palojotes le hacían sombra, entrelazando sus ramas en lo alto.

Siempre pensando iba en todo lo que su abuelo le contó ese día, pero estaba entre que creía y no. ¡Todo parecía tan fantasioso! Pero de ser cierto, ¡que maravilla!

Llegó a un trecho en donde tenía un cerco de piedras por la derecha y una alambrada por la izquierda. Desde allí era donde veía por primera vez la casita de sus papás en la lejanía.

¡Ya mero llego! –pensó–

Y recién pensó en ello cuando desde debajo del cerco de alambres vio salir corriendo a un pájaro de larga cola y extremidades largas, con su plumaje pintado de negro y café, con el pecho claro y moteado. El ave corrió todo lo

ancho del sendero y se encaramó en el cerco de piedra al otro lado.

¡La Siguamonta!...

Mil y una ideas surgieron de golpe en la cabeza del joven, y por un momento se aturdió. Pensó en su abuelo y en sus muchas historias; las jóvenes muchachas en las que siempre se solazaba, una por una pasaron por su mente en rápida sucesión... pero dentro de este desorden de ideas aún alcanzó a decir:

“Siguamonta yo quiero hablarte”

El ave pareció entenderle, e inmediatamente se quedó parada sobre el cerco, volviéndose hacia el joven. La cresta de plumas de su cabeza se movía nerviosamente hacia arriba y abajo y sus ojos brillaban con un raro destello...

“Siguamonta, yo sé que usted se ha fijado en mí... yo también la he visto a usted y tengo que decirle que me gusta... Hace días estoy suspirando por usted, pero no se lo había dicho, porque usted me despreciaba. Pero ahora que usted me escucha, déjeme decirle lo que hay en mi corazón”

El joven, en tanto que decía esto, se había acercado tanto a la extraña ave, que casi hubiera podido tocarla. El ave, siempre nerviosa, ahora hacía extraños movimientos, como bailando, como sintiéndose halagada por las palabras del muchacho... por su lado, el moreno rostro de Fermín se veía transformado. Parecía abotagado por la fiebre y gruesas gotas de sudor se deslizaban desde

debajo de su sombrero, mojándole los hombros.

“A mí me gustaría que usted entendiera mis palabras, –continuo el monólogo– ya no quiero que usted me siga despreciando, porque solo usted me llena de dicha. Ya no quiero seguir buscando a nadie más, si ya la tengo a usted...”

“¡Por favor, deme el amor que necesito!...”

Todo el apresurado monólogo del muchacho pareció convencer a la Sigüamonta, porque tal y como lo dijo don Dimas, ésta empezó a hacer extrañas muecas, como si tuviera soco.

Al rato, deposito sobre las rocas del cerco una sustancia líquida, gelatinosa, de un extraño color verde brillante, cristalino...

Luego, como si se hubiera liberado de un hechizo, volvió a su natural conducta y, tirándose del cerco, se perdió entre la vegetación al otro lado.

Fermín, estático, no atinaba a qué hacer, pero movido por la curiosidad se acercó a ver aquella extraña gema. Pronto se dio cuenta que ya no era líquida, sino que se había tornado dura y con la forma de un pequeño huevo.

Pensando inmediatamente en lo dicho por su abuelo, sacó de su morral el pañuelo limpio que siempre reservaba para ofrecerlo a alguna muchacha y con delicadeza tomó la piedrecita. A través de la cubierta de la tela le pareció caliente y su cercanía lo envolvió en una inusitada confianza...

Volvió a pensar en las muchachas que siempre lo habían embelesado, pero que no le hacían caso...

Pensó en la Tina, la hija de don Melgar; en la Susana, que vivía allá por el río; en la Dolores, que trabajaba en la casa de sus papás, en la negrita chula de por allá por El Rincón, pensó, pensó, pensó...

Y así pensando, retomó su camino, aun extrañado por la aventura recién pasada...

Su rostro ahora dibujaba una sonrisa de placer, de felicidad y de confianza...

¡Sabía que su destino había cambiado!

Sobrenombres de personas en la ciudad de Salamá

Pedro Benjamín Ramos San José

- 1) André Jorge. Se le conoce como Tamal. Me contaba que su sobrenombre lo heredó de su señor padre, a quien le decían Tamal; porque su señora madre, doña Lochita, hacía tamales y su padre los salía a vender.
- 2) Barrientos, Carlos. Profesor. Su sobrenombre le viene desde muy pequeño. Su hermano Enrique le decía Poponach, quería decir pequeño, chito, niño. Después le dijeron Poponacho, ahora le dicen Papanacho. Acepta que le llamen así si son personas mayores, no menores que él. A un su hijito le

- nombró Carlos Ignacio, recordando su sobrenombre le dicen Nachito, algunas veces le llaman Papanachito.
- 3) Cambranes Fernández, Yolanda. Profesora. Pato. Me contaba la estimada profesora, que allá por los años de mil novecientos cuarenta y cinco, la escuela para varones, lo que hoy es INEBE. Frente a esa escuela está la casa de la familia Fernández, Ingeniero, Carlos y Julia, salían a jugar a es monte, hacían como que nadaban y se imaginaban ser unos patitos. Yolanda y hermanos, más tarde heredaron el nombre de “Patos” y después toda la familia. En una ocasión, el Diablo Hernández, le gritó a Yolanda: ¡Pato! Ella se enojó tanto que logró quebrarle una sombrilla en la espalda. Después se arrepintió de cometer tal hecho. Ahora se siente muy bien de llevar ese sobrenombre. Uno de sus familiares levantó apartamentos para darlos en alquiler a ese lugar le llaman Patolandia.
 - 4) Carrillo Ruano, Emilio. “Payaso”. Emilio fue un buen futbolista, hacía las cosas bien. Un día colocó el nombre payaso que obtuvo de la cajetilla, y la pegó en la pared, al rato se desprendió y cayó al suelo, Emilio les dijo a sus compañeros de juego: “Miren muchá, mañana en el juego que tengamos así voy a rodar para meter mi gol”. Por cierto que cuando jugaron metió su gol. Nito Guzmán, jugador también, les dijo a todos los compañeros de juego, este Emilio es un payaso, así le quedó hasta la fecha.
 - 5) Conde Prera, Hugo Arnoldo. Profesor. El Diablo. Recibió este nombre de su hermano Bernardo, quien era verdaderamente travieso, por lo que su abuelita materna le dijo en una ocasión, “¡Sos un diablo, m'hijo!” Y así le quedó ese sobrenombre para siempre.
 - 6) Chavarría López, Víctor Antonio. Profesor. Timo. Este sobrenombre lo obtuvo cuando se encontraba en cuarto grado primaria, siendo su profesor don Elizardo Urizar Leal, en la clase de ciencias naturales, le preguntó el profesor que cómo se llamaba la glándula que está colocada entre el esternón y la tráquea. Víctor Antonio no supo dar respuesta, sus compañeros le soplaron y él dijo, Timo. Sus compañeros se rieron, desde entonces le llaman Timo. La mayor parte del pueblo de Salamá le conoce por su sobrenombre. Me contaba que muchas personas llegan a buscarlo (él es tramitador) y preguntan si se encuentra don Timo, él les dice que no, pero se ríe y les dice: “Soy yo”.
 - 7) Dubón, Arnoldo. Profesor. Tiritirí. Del municipio de Cubulco vino a estudiar su prevocacional, allá por el año mil novecientos cincuenta

- y ocho, en una oportunidad se encontraba jugando basquetbol, y decía: “¡Tiren aquí, tiren, tiren!” Un su compañero, Joel Bendfeldt le dijo al momento: “¡Tiritirí!” A la fecha así le llaman.
- 8) Fernández Pereira, Carlos Raúl. Profesor. Pato. Me cuenta que ese sobrenombre lo heredó de la familia Fernández, a quienes se les sobrenombraba “Patos”.
 - 9) Fernández Pereira, Rodolfo Antonio. Ingeniero. Loro. No sabe exactamente el por qué de su sobrenombre, recuerda eso sí, que fue el profesor don Hugo Conde quien lo bautizó así. La razón era que cuando estudiaba quinto primaria, y estudiaba Estudios Sociales, Rodolfo, sabía distancias y halababa como si fuera un periquito, por lo que el profesor Hugo le decía loro. Hasta la fecha así se le sobre nombra.
 - 10) García, Germán. Profesor. Marchante. Vino este estimable profesor a Salamá, llegó a la Escuela Normal, de trabajo completo y un libro bajo el brazo. Al preguntar si había un nombramiento para un profesor, el Director profesor Hugo Conde Prera le dijo que no, cuando el profesor German iba a intervenir nuevamente, el profesor Conde le interrumpió para decirle que no quería libros, finalizó diciéndole, en son de broma, —ahora no quiero libros marchante—. Este sobrenombre le quedó para siempre.
 - 11) García Nario, Hidalgo. Profesor. Saguara. Estando en sus estudios en prevocacional, aquí en Salamá, sus compañeros le llamaron Saguara. Él extrañado por nombre tan raro fue a leer al diccionario, se dio cuenta que es un árbol alto. Por ser alto aceptó que así le dijeran. El señor Manuel Tejeda y el profesor Hugo Conde, solo por Saguara le llaman. Estuvo hace quince años trabajando en el magisterio en el municipio de Santa Lucía del departamento de Escuintla, allí le sobrenombran, Cocal. Hace quince días llegó a ese lugar y lo saludaron, diciéndole: “Buenos días Cocal”.
 - 12) García Izaguirre, Luis. Bachiller. Se le conoce con el nombre de Luis Cacha. Trabaja como supervisor de proyectos en Gobernación departamental. Este sobrenombre le fue dado por el profesor Danilo González, quien le contó que a su abuelo le decían Cacho, por eso yo, “le dijo” te llamaré desde ahora en adelante, Luis Cacha.
 - 13) García Molineros, José Miguel. Profesor. Tusa. Hace muchos años, aproximadamente allá por los años cincuenta, a mediados del siglo veinte, un grupo de patojos compañeros de la escuela primaria, salieron de pesca una mañana al río de Salamá, llevando las cosas necesarias para hacer el

caldo de pescado a la orilla del río. Empezaron la jornada de pesca, pasado el mediodía ya habían pescado un poco y dispusieron cocinar el caldo, cuando ya estaba el líder Mario (Chacal), dispuso formarlos por orden de estatura para servirles su porción, siendo uno de mis hermanos el último de la fila, el más pequeño y flaco, fue a quien menos le sirvieron, nada más le nadaba un pescadito en su plato, fue cuando él expresó, que con eso se iba a quedar “pura tusa. Quiso decir que no se iba a llenar, aquí nace el sobrenombre “Tusa”, que fue heredado a dos hermanos de seis hombres que somos. Miguel y Juan. El verdadero sobrenombre es para mí hermanos Luis Felipe, quien vivió esa aventura”.

- 14) González, Danilo. Profesor. Conejo. Se le sobrenombra así porque cuando era estudiante y en clase de educación física corría bastante, de manera que ningún compañero lo alcanzaba, le quedó conejo para siempre. El profesor Danilo era muy jocosos con sus alumnos, cuando los enseñaba el signo de sumar, se los pintaba en el pizarrón y les decía: Esta es la cruz de muerto, calavera y camposanto. Todos los niños se reían. Una vez un niño de segundo grado primaria fue al cementerio con su mamá, le dijo: ¡Mamá! Los muertos también suman, por qué mi hijo –dijo la mamá– porque allí

está la cruz, calavera y camposanto. Quien te ha dicho semejante cosa –volvió a decir la mamá– así nos lo enseñó el profesor Danilo el año pasado. Ve que maestro –terminó diciendo la mamá–

- 15) Guillermo Ochoa, Mario Arturo. Bushaca. Trabajaba en el teatro Nacional en la capital, estando allí el paisano licenciado Jorge Robles, y también los paisanos Chico Fernández y Eddy España; les dijo el licenciado: miren a este Mario le vamos a decir busaca, y eso porque le faltaban dos dientes de enfrente. Tiempo más tarde se vino a Salamá. Una tarde pasaba frente a los billares que se encontraban atrás de la gobernación, en la casa de la familia Chavarría, oyó que le gritaban ¡Bushaca! Vio hacia atrás, era Chico Fernández. Solo que aquí en Salamá le dijeron Bushaca, por la bolsa que tiene la mesa de billar. A la fecha se le conoce por Bushaca.
- 16) Gularte, Julio. Bachiller. Julio Camello. Exgobernador departamental. Este sobrenombre se lo adjudicaron sus compañeros de estudios en el Instituto Normal Mixto de la ciudad de San Marcos.
- 17) Los Cinco Juanes:
- Ericastilla, Juan. Empleado público. Hoy jubilado. Conejo. Este sobrenombre lo obtuvo en la escuela primaria. Era muy travieso. Un día le hizo una travesura a su maestro don Julio

- Antonio Gularte, quien le dijo a sus alumnos; agarren al Conejo, Juan había salido corriendo.
- Juan Chibola, le pusieron así sus amigos por ser moreno, bajo de estatura y gordo.
 - Juan Mecate, es una persona que salió de Salamá hace tiempo, por lo que sólo menciono su sobrenombre.
 - Juan Chupete. La gente del pueblo le dio ese sobrenombre, porque por muchos años se dedicó a vender chupetes. Al principio los vendía a dos por un centavo, eran los años 40 en adelante, después valían un centavo, conforme la época subieron de precio. Falleció Juan Chupete y un su hijo heredó la venta de ese dulce.
 - Juan José Valdés. Juan Cochita. Hace tiempo se fue a la capital. Pero su historia es simpática, iban con Chito Peláez a la poza del Chagüite y más abajo a una vega donde robaban frutas, especialmente chicos, le acompañaba su hermano Armando Valdés. Estos chicos los enterraban y al estar maduros Chito era el encargado de llevárselos a vender a la señora madre de Juan José, (eran cosa de patojos, ahora se arrepiente, ya es muy tarde, me dice Juan) Al vender los chicos, se repartían el producto de la venta, Una vez Chito le dijo,

sos un coche, cochita, cochita.
De esto hace cincuenta y dos años, tenía la edad de ocho años.
- 18) Juárez, Cruz. A este amigo le llaman Cruz Pasitos. La razón es que hace muchos años iba con amigos a las parranda de ocote, donde la marimba la ejecutaban tres hombres, los que bailaban no llevaban bien el compás. Don crucito les decía: Muchá, esta música se baila pasito a pasito y así le quedó para siempre “Cruz Pasitos”.
- 19) López, Enrique. Quique Sanate. cuenta que de joven le decían ese sobrenombre. “Vea, yo creo que por negro” reía.
- 20) Méndez, Filiberto. Economista. Ratoncito de Despensa. Llego como jefe de la oficina de Segeplán. Él es bajito, grueso, moreno y de pelo crespo. El profesor Hugo Arnoldo Conde lo bautizo como Ratoncito de Despensa. Salía poco de su oficina.
- 21) Moya Herrera, Roberto. Profesor. Choco Moya. Contaba que su sobrenombre lo obtuvo desde pequeño, en la escuela primaria. El comenzó a sentirse que le fallaba la visión. Como no se sentaba en primera fila, se le dificultaba ver lo que el profesor escribía en la pizarra. Cuando el profesor se dio cuenta del problema de Roberto, lo sentó en primera fila, pero ya no se

- recuperó, tuvo que ponerse lentes, de allí su sobrenombre.
- 22) Narciso, José Efraín. Profesor. Chepe Pato. Este sobrenombre le vino de sus compañeros de la escuela primaria. Solía salir de la escuela y pasaba al río a bañarse. Esto lo hacía todos los días de la semana que iba a la escuela, también se iba a bañar antes de entrar a la escuela. De allí su sobrenombre.
- 23) Pérez, Santiago. Mapache. Dicho sobrenombre lo trae desde pequeño. Cuando jugaba fútbol en la escuela se pintaba la cara para hacerse pasar por ese animalito. Así creció. Le ha gustado el sobrenombre, se identifica con el mapache, a tal punto que tiene una figurita de mapache en la sala de su casa. “Es que es bonito el animalito”.
- 24) Prera, Benjamín. Profesor. Minche Quesadilla. Cuenta que le dieron ese sobrenombre desde niño. Iba a nadar al río con unos compañeritos a una poza adelante del Chagüite, saltaban y jugaban a la tenta. Benjamín se tiraba al agua y les decía, haciéndose un arco en el aire, antes de caer a la poza, les voy hacer una quesadilla. Así nació su sobrenombre.
- 25) Solís Marroquín, Carlos Enrique. Profesor. Caracol. Vino a Salamá para hacer sus estudios en la Escuela Normal, en 1966, la dirección había prohibido las camorras a los nuevos estudiantes entonces se inauguraron los bautizos, llamaron a los alumnos nuevos en orden alfabético. A Carlos le tocó bailar, aunque el principio no quería, tomo la decisión de bailar, bailó más en forma de ballet la cumbia del Caracol. Todos se reían y las patojas le decían: “¡Caracolito! ¡Caracolito!” Se hizo famoso, tuvo muchas novias, era importante. Desde entonces se le conoce como Caracol.
- 26) Solís Tejeda, Julio Roberto. Profesor. Sapote. Contaba el profesor Carlos Enrique Solís, que de joven llegó a estudiar a Salamá y, luego, su primo Julio Roberto. Los compañeros de Carlos le dijeron que debía ponerle un sobrenombre a su primo. Al principio no hallaba qué ponerle, se le quedó viendo, lo vio un poco bajo, grueso y moreno, luego dijo, este es un sapote. No crea el lector que es un zapote de fruta, sino sapote de sapo. El sobrenombre le quedó para siempre.
- 27) Turcios, Nario. Profesor. Chuchita. Este sobrenombre lo trae desde la escuela primaria. Un día le dijo a un su compañero de estudios: “vos chucho”. Este compañerito se quejó con el profesor Danilo González, quien le dijo: Ahora decile Chuchita a Nario. Desde entonces le dicen “Chuchita”.
- 28) Ramos San José, Pedro Benjamín. Profesor. Don Chemita. Corría

el año 1949, llegaba a la ciudad de Jalapa para hacer estudios de magisterio en el Instituto Mixto Centroamericano. A los cinco días de haber ingresado al plantel, mis compañeros de otros grados me decían: “¡Miren allí está don Chemita!” Pasado el tiempo, de ver que siempre me llamaban por don Chemita, pregunté de ese nombre, alguien me dijo que el año anterior a mi llegada se había retirado un catedrático que se llamaba José María, lo saludaban por Chemita, y yo tenía un parecido a él. Me acostumbre al sobrenombre. Mis compañeros de grado eran los únicos que me decían mi verdadero nombre. Me gradué y cada quien tomó rumbos diferentes. Pasado el tiempo me encontraba en una de las avenidas de la ciudad capital, cuando me encontré con un excompañero de estudios, al verme me dijo: “¡Hola don Chemita qué tiempos de no vernos!” Nos dimos un fuerte abrazo. Luego me dijo: “¿De dónde es usted?” Le dije de Salamá, Baja Verapaz. Se sonrió. “¿Pero su verdadero nombre?” “Benjamín Ramos” le dije. Se volvió a sonreír. “Hasta cuándo supe su nombre” Nos dimos un abrazo, nos despedimos y me dijo: “¡Adiós don Chemita!” Aquí no están consignados todos los que son, ni tampoco ellos son todos lo que están.

Comentario Final

Los textos recopilados en este artículo fueron tomados de diversos libros, artículos de revistas y algunas publicaciones inéditas, como el caso de los sobrenombres de salamatecos. Dejando en evidencia el gran número de escritores que han plasmado su amor por la tierra que los vio nacer, haciendo un trabajo difícil para elegir y transcribir, pues todos son de gran calidad literaria. Muestran el sentir de una cultura, el enamoramiento de un terruño rico y hermoso, cubierto por la pasión y el ánimo de plasmar ideas que sean valoradas por las nuevas generaciones. Por lo que este artículo rinde homenaje a todos los escritores salamatecos, de los cuales se hizo una pequeña selección que permita a la juventud encontrarlos reunidos para buscar, en las publicaciones originales, los documentos completos y enriquecer su conocimiento al introducirse en el pensamiento y las letras salamatecas, cuyo aporte a la literatura universal es obvio.

Referencias bibliográficas

- Aguascalientes, U. (2006). *Reglamento para la Operación del Programa de Estímulo al Desempeño del Personal Docente*. Aguascalientes: Universidad Autónoma de Aguascalientes.
- Albizúres, M. (2007). *Antología de literatura guatemalteca, del Popol Vuh a los albores de la modernidad*. Guatemala: Editorial Norma.

- Barrios, F. A. (1999). *Historia de la literatura guatemalteca*. Guatemala: Editorial Universitaria.
- Bentivegna, D. (2013). *Acervo y Polémica: Tensiones y disputas en torno a la legitimación de la literatura tradicional en cancioneros populares argentinos (1920-1950)*. December 2013; 3 (2):149. Available from: *Publisher Provided Full Text Searching File*, Ipswich, MA. Accessed May 21, 2015
- Chandia, M. (2012). *Transculturación, heterogeneidad y literatura como sistema. Aportes hacia una teoría crítica para la literatura actual*. (Spanish). Lexis. Revista de Lingüística y Literatura, 36 (2), 253-290.
- Chicote, G. (2012). *La lírica popular-tradicional argentina: límites difusos* (Spanish). *Olivar*, 13(18), 1-21.
- Cojulún, F. G. (1978). *Poesía Bajaverapacense*. Salamá: Ediciones Casa de la Cultura.
- Cruz, R. (2014). *Antonio Cándido y El problema de la tradición: El Lugar de Oswaldo de Andrade*. (Spanish). *Revista Chilena de literatura*, (88), 77-94.
- Freja de la Hoz, A. (2015). *Entre lo ajeno y lo propio: concepciones de la literatura Hispanoamérica*. *Revista Encuentros*, Universidad Autónoma del Caribe, 13 (1), pp. 96-105.
- García, E. W. (2008). *Historia de misterio vividas en Salamá, por salamatecos*. Salamá: El Grupo.
- Mac Donald, R. (2009). *Literatura, retórica, semiótica: el apodo como significación de las características físicas del cuerpo*. (Spanish). *Revista Cultura De Guatemala*, 30(3), 93-101.
- Mack, F. M. (2008). *Antología de cuentos 2008*. Guatemala: Fundación Myrna Mack.
- Pereira-Muro, C. (2012). *Género, nación y literatura: Emilio Pardo Bazán en la literatura gallega y española*. West Lafayette, Ind: Purdue University Press.
- Ruiz, F. (Año). *Poética de la palabra Antología poética de Huehuetenango*. Huehuetenango: ADESCA.
- Sánchez, G. (2014). *Violencia y olvido en la literatura guatemalteca: La percepción de quienes escriben*. (Spanish). *Revista Cultura de Guatemala*, 35(1), 79-110.
- Vela, D. (1975). *Don Francisco Lainfiesta*. En: *Apuntamientos para la historia de Guatemala*. Guatemala: Ministerio de Educación, Editorial José de Pineda Ibarra.